

El hogar cristiano

Autor: R. K. Campbell

El hogar fue establecido por Dios, y fue Su designio para la humanidad. Cuando Dios hizo a Adán y a Eva y los unió en santo matrimonio, mandándoles que fructificaran y se multiplicaran y que llenaran la tierra, instituyó la primera familia y el primer hogar (Génesis 1:27-28). Toda la estructura social humana descansa sobre la unidad de la familia. Y el hogar, la morada de la familia, bien sea una choza o una mansión, es la fortificación o el refugio de la comunidad. De ahí a que se diga con frecuencia: «El hogar es el baluarte de la nación». Sobre él descansa todo el edificio de la civilización. Si él desaparece, desaparece la nación, porque la nación no es sino un conjunto de individuos unidos por una relación de familia. Es evidente, pues, la importancia del hogar y de la vida familiar conforme a los pensamientos de Dios.

Aviso legal / Derechos:

© Ediciones Bíblicas – 1166 Perroy (Suiza/Switzerland)

Índice

Su importancia, disposición y características	5
Instituido por Dios	5
Abandono del orden de Dios	5
¿Qué es el hogar?	5
La familia cristiana	6
El lugar preeminente de la Palabra de Dios	7
El matrimonio, la base del hogar	9
Instituido por Dios en Edén	9
Un paso más alto: el celibato	9
Dios provee al hombre ayuda idónea	10
Unidos por Dios	11
Un paso muy solemne	11
Casarse en el Señor	12
Conocer la voluntad del Señor	12
Afectos demasiado sagrados para tratarlos a la ligera	13
Atrevimiento indecoroso	13
El amor verdadero es el único motivo justo	14
Esposo y esposa	15
El disfrute de nuestras relaciones celestiales	15
Condiciones esenciales para la bendición matrimonial	16
Esposas	16
Sumisión como al Señor	16
Esposos	17
Ejercer la autoridad con amor	18
El doble amor de Cristo, nuestro modelo	18
Dada por compañera al hombre	19
“Para que vuestras oraciones no tengan estorbo”	19
La familia y su cabeza	21
El encargo de Génesis 1	21
“Tú y tu casa”	22
Privilegio y responsabilidad	23
Fracaso en la familia	24
Padres	26
Reflejar al Padre celestial	26
Sumiso a Dios el Padre	27
“No provoquéis a ira a vuestros hijos”	27

Mantener los afectos.....	28
Confianza recíproca	29
Atraer o repeler.....	29
Disciplina y amonestación	30
Nutrir los corazones	31
Las necesidades espirituales son las más importantes.....	32
El altar familiar.....	32
Ganar a un hijo rebelde	33
Culto familiar	35
La variedad en los elementos educativos	36
El castigo por la desobediencia	36
Usar la vara, pero con amor.....	38
El error de David	38
Madres.....	40
“Críamelo”.....	40
La tarea asignada por Dios a la madre.....	42
Lo que significa «educar»	43
Enseñar a obedecer	45
Obligar a obedecer.....	45
Comenzar temprano.....	46
Verdad y rectitud	47
La educación.....	48
El centro de atracción.....	48
Siervos y amos.....	49
Siervos.....	49
Amos	50
El hogar para Dios.....	52
El hogar de Betania	52
Recibirle hoy	52
Ejemplos bíblicos.....	53
Aquila y Priscila	53
La hospitalidad.....	54
La falta de hospitalidad	55
La sunamita.....	56
Conclusión.....	57

Su importancia, disposición y características

¡Qué dulces pensamientos despierta en la mente esa palabra «hogar», y qué maravillosa alegría hace brotar en todo corazón humano! Aun más precioso es el recuerdo del «hogar cristiano» para aquellos que han tenido el gran privilegio de tal ambiente, en el cual Dios fue honrado y reconocido como Cabeza de la casa.

Instituido por Dios

El hogar fue establecido por Dios, y fue Su designio para la humanidad. Cuando Dios hizo a Adán y a Eva y los unió en santo matrimonio, mandándoles que fructificaran y se multiplicaran y que llenaran la tierra, instituyó la primera familia y el primer hogar (Génesis 1:27-28).

Toda la estructura social humana descansa sobre la unidad de la familia. Y el hogar, la morada de la familia, bien sea una choza o una mansión, es la fortificación o el refugio de la comunidad. De ahí a que se diga con frecuencia: «El hogar es el baluarte de la nación». Sobre él descansa todo el edificio de la civilización. Si él desaparece, desaparece la nación, porque la nación no es sino un conjunto de individuos unidos por una relación de familia. Es evidente, pues, la importancia del hogar y de la vida familiar conforme a los pensamientos de Dios.

Abandono del orden de Dios

Vivimos días en los que los principios de Dios para la humanidad están siendo descartados, y en los que abunda el desorden y la corrupción, como sucede siempre que el hombre se aparta del orden de Dios. El amor libre, la infidelidad, el divorcio y todas las formas de obstinación están causando el naufragio de numerosas familias. El énfasis se está poniendo en la masa, en el individuo o en el Estado, y así destruye la unidad de la familia. Por tanto, es necesario que fijemos nuestra atención en los principios y propósitos de Dios para con nosotros, de modo que no seamos llevados por la corriente de las cosas que nos rodean y fracasemos en el mantenimiento de verdaderos hogares.

¿Qué es el hogar?

El hogar no es sólo un sitio donde comemos y dormimos, sino la atractiva morada donde el amor doméstico, la feliz y dulce vida familiar, el descanso, la paz, y la protección de un mundo malo son conocidos y donde participamos de ellos. No es el hermoso edificio ni el mobiliario rico que tiene dentro, lo que hace el hogar. Es la felicidad, el afecto y el tierno cuidado hallados en el santuario del círculo doméstico concedido por Dios.

En un mundo de pecado y rebelión, el hogar es una insigne misericordia para la humanidad. Un Creador misericordioso ha provisto para que el hogar sea un saludable balance y asilo temporal contra las dificultades y peligros de este mundo tempestuoso. Este refugio de dulces vínculos familiares es el refugio misericordioso de Dios para las tormentas y rudezas de la vida y el poder directo de Satanás en un mundo malo.

En un mundo semejante es una gran bendición tener en el seno de la familia el corazón ejercitado en los tiernos afectos naturales, los cuales son implantados por Dios en el hombre. Así, mediante el mutuo cuidado que se brindan los miembros de la familia y merced al ejercicio diario de abnegación práctica, el detestable egoísmo del corazón natural puede ser reprimido y frustrado. Entonces las relaciones familiares de obediencia y amor, y la práctica diaria de la recíproca sumisión que tales relaciones necesitan, saludablemente contrabalancean aquella raíz de todo pecado humano: la voluntad propia y la desobediencia.

La familia cristiana

Pero la familia cristiana, en la cual uno o ambos esposos pertenecen al Señor, es infinitamente más que un bendito refugio contra el mal. Es, en medio de un mundo sin Dios y sin Cristo, un santuario en el cual las preciosas almas de los hijos son guardadas de la contaminante influencia de ese mundo. El hogar cristiano es un sagrado refugio donde Dios y Cristo son reconocidos y donde el Espíritu dirige, donde la Palabra brilla como la lámpara de la casa y donde el Evangelio, continuamente considerado, señala el camino al cielo a todos los que allí moran.

Alguien dijo: «Es el centro de dulces afectos donde el corazón, instruido en los vínculos que Dios mismo ha formado; y al gozar de estos afectos, se ve preservado de las pasiones y de la voluntad propia. En este ambiente, si se lo mantiene con cuidado, existe un poder que, a pesar del pecado y del desorden, despierta la conciencia y activa el corazón, guardándolo del mal y del poder directo de Satanás».

Aun cuando el pecado ha entrado en el mundo y lo ha dañado todo, la introducción de Cristo en estas relaciones de familia hacen de ellas una esfera para las operaciones de gracia y para el activo despliegue de la vida divina que tenemos en Cristo, de modo que la mansedumbre, la ternura, la mutua ayuda y abnegación, ejercidas en medio de las dificultades y de los dolores que el pecado ha causado, imparten a estas relaciones un encanto y una profundidad mayores que los que pudieron ser conocidos en el estado de inocencia del Edén (Génesis 2:7-15).

En el verdadero hogar cristiano se le da al Señor su justo lugar y cada miembro de la familia obra conjuntamente en divina armonía conforme a la mente y propósitos de Dios; el amor de Dios es conocido y derramado en el corazón y constituye el elemento que gobierna en el hogar. Allí la Palabra de Dios es leída y obedecida –aunque quizás con mucha flaqueza– y se escuchan la oración y la alabanza. Allí se siente la atmósfera del cielo y, al igual que los hijos de Israel antiguamente, tales hogares tienen “luz en sus habitaciones” (Éxodo 10:23), cuando todo alrededor esté en tinieblas. Cada verdadero hogar cristiano refleja algo de aquel hogar celestial hacia el cual estamos viajando, de manera que se distingue fácilmente de aquellos donde Cristo, la verdadera luz, no brilla.

El lugar preeminente de la Palabra de Dios

En Deuteronomio 11:18-21 Dios nos da una bella descripción de lo que Él desea ver en cada hogar. Él desea que su Palabra sea puesta en el corazón de los padres y atada como señal sobre sus manos. Ellos han de enseñar esa Palabra a sus hijos continuamente y escribirla sobre los postes de su casa y en sus puertas. Ese deseo divino va acompañado por la promesa de que sus días serán multiplicados y de que serán “como **los días de los cielos** sobre la tierra”. Tal es la bendición de un verdadero hogar cristiano, donde la Palabra de Dios es amada y obedecida y donde se le da su verdadero lugar. Tal hogar, en el cual todos viven de acuerdo con la Palabra de Dios y para Su gloria, es un pedacito de cielo en la tierra. Lector, ¿ocurre así en su hogar? Si ocurre lo contrario, ¿por qué?

Pero esto sólo puede suceder cuando los padres honran la preciosa Palabra de Dios por encima de todo lo demás y cuando la familia es gobernada de acuerdo a sus preceptos. Entonces la Palabra de Dios será vista sobre los postes y las puertas de manera práctica, y los hijos, nutridos con sus instrucciones, andarán en el camino de la verdad. Si los padres no aman la Palabra de Dios ni andan de acuerdo con ella, ¿cómo puede esperarse que sus hijos la amen y la obedezcan?

Porciones de la Palabra de Dios fueron literalmente colocadas sobre las puertas y atadas sobre las manos de los israelitas temerosos de Dios, y es bienaventurado ver lo mismo hoy día, bajo la forma de lemas bíblicos, en las paredes de los hogares cristianos. Es una buena forma de hacer que la luz del cielo brille como testimonio para todos los que entran en nuestros hogares.

El hijo de un cristiano se mudó a un nuevo hogar y lo amuebló bien. Luego invitó a su padre a que lo visitara y le mostró toda la casa. Después de haberla visto, el padre observó: «Bien, hijo, ciertamente tienes un hogar muy cómodo, pero nadie podría decir al recorrerlo si vive en él un

hijo de Dios o un hombre del mundo». Estas palabras impresionaron de tal modo a su hijo que pronto colgó muchos lemas bíblicos en las paredes y dio a la Palabra de Dios un lugar más destacado en su hogar.

Es triste ver hogares cristianos ataviados a la última moda, colmados de lujo y de literatura del mundo; hogares donde la radio y otros medios propagan programas mundanos de entretenimiento, hogares en los cuales la Palabra de Dios no es leída, ni oída ni practicada. Ésos no son hogares cristianos, en el sentido práctico del término. Si nuestros hogares no se distinguen de los hogares de los inconversos que nos rodean, no puede decirse con verdad que tenemos “luz en nuestras habitaciones” o que al Señor le es dado su lugar en ellos. Y esto es igualmente cierto si la lucha y la discordia caracterizan el hogar, en vez de hacerlo el amor y la dirección del Espíritu de Dios.

El matrimonio, la base del hogar

Ahora que hemos visto el lugar vital, ordenado por Dios, que el hogar ocupa en el sistema social, nos detendremos un poco en detalle en la honorable y santa institución del matrimonio, el cual fue dado por Dios como la base misma del hogar. Al escribir al respecto nuestro propósito, es especialmente ayudara los jóvenes creyentes que ahora, o en el futuro, se proponen contraer matrimonio y fundar un hogar para la gloria del Señor.

Instituido por Dios en Edén

El matrimonio es la más antigua y la más noble de las instituciones que Dios dio a la humanidad. El vínculo matrimonial fue la intención de Dios para el hombre desde el comienzo de su historia. En el huerto de Edén, Él mismo efectuó la primera boda, y su Palabra declara que “honroso sea en todos el matrimonio” (Hebreos 13:4). Por consiguiente, la autoridad de Dios está estampada sobre esta institución.

El varón no está completo en sí mismo. La mujer es su complemento a fin de suplir sus deficiencias. Ella es fuerte allí donde él es débil, y débil donde él es fuerte, y juntos forman un todo completo, una sola carne. Por eso está escrito

“ Creó Dios al hombre... Varón y hembra los creó; y los bendijo, y llamó el nombre de ellos Adán (Génesis 5:1-2).

Varón y hembra fueron necesarios para completar el Adán.

Al ver que Adán estaba incompleto en su soledad, dijo Dios: “No es bueno que el hombre esté solo: le haré ayuda idónea para él” (Génesis 2:18). Eva, pues, fue hecha de una costilla de Adán, siendo la provisión del Creador para él. Dios la trajo luego a Adán y los bendijo, y fueron ambos una sola carne.

Un paso más alto: el celibato

El pecado entró en la hermosa y perfecta creación de Dios, dañándolo todo, de manera que ahora esta bendita unión del matrimonio no es toda de color rosa y sin espinas. “Si te casas, no pecas... pero los tales tendrán aflicción de la carne”, declara el inspirado apóstol (1 Corintios 7:28), quien había alcanzado misericordia y don especial del Señor para permanecer soltero, a fin de que pu-

diera servir al Señor sin distracción. Andar de este modo en el Espíritu, por encima de los afectos y exigencias de la naturaleza, por devoción al servicio del Señor, es un paso más alto que seguir la naturaleza y casarse.

Pero “no todos son capaces de recibir esto”, declara nuestro Señor en Mateo 19:11, cuando los discípulos le dijeron: “Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse” (v. 10). El sendero de puro, santo y consagrado celibato es más bien la excepción que la regla para la humanidad. “Hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre, y hay eunucos que son hechos eunucos por los hombres, y hay eunucos que a sí mismos se hicieron eunucos por causa del reino de los cielos. El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba” (Mateo 19:12). “Pero cada uno tiene su propio don de Dios” y “también si te casas, no pecas... Y el que no la da en casamiento hace mejor” (1 Corintios 7:7, 28, 38). “Bueno le sería al hombre no tocar mujer; pero a causa de las fornicaciones, cada uno tenga su propia mujer, y cada una tenga su propio marido” (1 Corintios 7:1-2).

Dios provee al hombre ayuda idónea

El matrimonio de Adán es la norma para todos los matrimonios. Dios arregló la unión de Adán y Eva, y lo hace así en cada caso de verdadero matrimonio. La sabiduría divina discierne el momento en el que la soledad del hombre no es ya conveniente para él, y Dios le provee de una esposa, la cual es el verdadero complemento de **su naturaleza**. Adán pudo decir de Eva: “la mujer que me diste por compañera” (Génesis 3:12). Así es como cada hombre debería considerar a su esposa: como un don del Señor.

El que halla esposa halla el bien, y alcanza la benevolencia de Jehová.

“

Es “de Jehová la mujer prudente” (Proverbios 18:22; 19:14).

No hubo elección de esposas para Adán; sólo había una apta para él, y ésta fue preparada especialmente por Dios para él. De ahí que una antigua sentencia diga: «**El casamiento y la mortaja, del cielo bajan**». Sólo Dios puede proveer a todo hombre de verdadera ayuda idónea, unir un joven y a una joven y hacer de ellos una carne en el Señor. Sólo Él sabe qué carácter y temperamento puede balancear y completar el carácter y temperamento del otro, y prepararlos para sobrellevar el uno las flaquezas del otro. Él es el único «promotor verdadero» – perdone la expresión referente a Dios– y toda otra «promoción» está fuera de lugar.

Unidos por Dios

Las palabras de Mateo 19:6:

Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre,



nos muestran lo que es el verdadero matrimonio según los pensamientos de Dios. La obra divina consiste en acercar dos corazones, dos vidas, y unirlos en un amor que procede de Dios. Dios mismo une dos seres en un corazón y una carne mediante vínculos indisolubles por parte del hombre. Es ciertamente algo más elevado que una simple ceremonia legal o religiosa que declara a un hombre y una mujer esposo y esposa, aunque esto también sea imprescindible para cumplir con las leyes civiles de cada país.

Si el matrimonio es la voluntad de Dios para usted, es muy importante que este delicado asunto sea solemnemente considerado a la luz de la Palabra de Dios. La joven o el joven en quien usted piensa, ¿es el que Dios ha elegido para que sea su compañera o compañero de por vida en santo matrimonio? Y, ¿está usted seguro de que la persona de su elección es la única a quien usted pueda unirse de esta manera, que es claramente la voluntad de Dios que tal unión se lleve a cabo?

Un paso muy solemne

Después de su conversión, para un cristiano no hay asunto más importante en su vida que el matrimonio, el cual es un lazo que nos une de por vida, a menos que sea disuelto por la muerte. Una equivocación a este respecto dura toda la vida. Otras equivocaciones pueden rectificarse en cierta medida, pero una equivocación en la elección de una esposa o esposo es una equivocación de por vida, una pérdida irreparable. ¡Piénsese en la tristeza de dos vidas arruinadas por un enorme desatino de la voluntad humana en vez de ser vividas con el gozo y bendición de nuestro Padre celestial!

Un asunto tan profundamente importante como éste, que toca las fuentes más secretas y sagradas de la vida y afecta todo el futuro de la vida de uno –e igualmente la del cónyuge– y que conducirá a progresar o retrogradar en la vida cristiana, no debe tomarse a la ligera. Este santo paso sólo debería ser dado después de un profundo ejercicio delante de Dios y con la certeza de que es Su pensamiento.

Casarse en el Señor

El cristiano es advertido a no unirse “en yugo desigual con los incrédulos” (2 Corintios 6:14). De conformidad con esto, cuando un cristiano se une en matrimonio con un inconverso, no es Dios quien los junta. (El hecho de que Dios puede intervenir en gracia soberana para salvar al inconverso y dar bendición es otra cuestión, que no altera en absoluto la afirmación precedente). Casarse en el Señor (1 Corintios 7:39) es reconocer Su señorío y autoridad en este solemne paso (véase Lucas 6:46); es casarse con quien el Señor ha elegido para uno. Recuérdese que el mero hecho de que dos personas sean cristianas no es indicio de que su casamiento esté de acuerdo con Su voluntad.

Conocer la voluntad del Señor

Quizás el lector esté perplejo y se pregunte: ¿Cómo puedo saber quién es la persona con quien el Señor desea que me una en matrimonio? El modo de conocer el pensamiento de Dios en este muy importante paso es el mismo que en cualquier otro asunto, ya sea pequeño o grande. Se halla en la oración y dependencia paciente en el Señor, en comunión, buscando su rostro y escudriñando su Palabra. Pero el primer paso y más necesario para conocer el intento de Dios es no tener voluntad propia sobre el asunto. Cuando nuestra voluntad está inactiva, Dios puede mostrarnos y por cierto nos mostrará su buena voluntad, la cual somos exhortados a reconocer como “agradable y perfecta” (Romanos 12:2). Entonces podremos discernir la dirección que Él señala y escuchar su voz comunicándonos su sentir. Y como el siervo de Abraham en la Antigüedad, quien fue enviado a escoger una esposa para Isaac, nuestra feliz experiencia será: “Guiándome Jehová en el camino” (Génesis 24:27).

Reconócelo en todos tus caminos, y él enderezará tus veredas
(Proverbios 3:6).



*Él sabe, Él ama, Él se apiada,
Esta verdad nada la puede oscurecer;
Él da lo mejor a aquellos
Que le dejan la elección a Él.*

Afectos demasiado sagrados para tratarlos a la ligera

En estos días de moralidad decadente y liberalismo, resulta necesario decir que el trato entre jóvenes de ambos sexos, y también de los más maduros, que acostumbran a cortejar con diferente pareja cada vez que así lo desean, ciertamente no es de Dios.

El afecto es algo muy sagrado para que se juegue con él. Uno, y solamente uno, debe ser admitido en el círculo más íntimo del afecto humano; todos los otros deben ser dejados fuera a una distancia respetable. Jugar livianamente en cuestiones tan serias es auspiciar el colapso moral y el desastre. Tal es la conducta de este presente siglo malo; pero un cristiano nunca debe seguir tales principios. Lo contrario a menudo lleva al divorcio, porque el corazón nunca estuvo satisfecho con un solo amor.

No es agradable a Dios, ni demuestra rectitud de corazón atraer los afectos de una persona del sexo opuesto sin tener ninguna seria intención de casamiento. Los afectos divinamente implantados son demasiado sagrados y santos como para jugar con ellos. Obrar así es erróneo y cruel. Esos afectos deben tener el carácter más noble y sagrado y ser así considerados. El interés afectivo, una vez que ha sido abiertamente demostrado hacia una hermana en Cristo, debe conducir, en el curso normal de las cosas, al compromiso matrimonial y finalmente al matrimonio.

Sin embargo, si uno se ha comprometido apresuradamente o ha empezado un noviazgo y luego descubre que ello no está en absoluto de acuerdo con la voluntad del Señor, es mucho mejor romper la relación que seguir en este camino erróneo y vivir en amargura y dolor el resto de sus días. En absoluto deseamos animar a romper los compromisos de matrimonio; pero en las circunstancias aludidas, es lo mejor que se puede hacer. Cada uno debe vivir pendiente de Dios y estar seguro acerca de su voluntad antes de empezar un noviazgo. De tal manera podrá evitarse muchas tristezas.

Atrevimiento indecoroso

Otra práctica corriente, a la cual podemos aludir aquí, es la inmodesta y poco femenina costumbre de las jóvenes de tomar la iniciativa para empezar un noviazgo. Tal atrevimiento y abandono del lugar ordenado por Dios es una ofensa a las sensibilidades de la verdadera naturaleza humana y de una mente espiritual. Es muy contrario al “ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios”, el cual las mujeres son llamadas a cultivar (1 Pedro 3:1-4). Aquellas que actúan con tal apresuramiento para «conseguir un marido» a la larga salen

perdiendo. La mujer piadosa que tranquilamente espera en el Señor y le presenta en oración los anhelos de su corazón, es la que obtiene las mejores bendiciones durante el noviazgo y el matrimonio, así como en todo lo demás.

El amor verdadero es el único motivo justo

Lo que lleva a dos corazones a unirse en vínculo matrimonial debe ser un verdadero y profundo amor, un mutuo afecto divinamente implantado. Unido al conocimiento de la voluntad de Dios en la materia, este debería ser el único motivo para contraer matrimonio. Riqueza, posición, ventajas terrenales, belleza física, con frecuencia son el verdadero aunque oculto incentivo de muchos noviazgos y casamientos. Pero muchos de éstos no pueden producir el amor real, el gozo y la paz matrimoniales, la verdadera felicidad. El amor es el “vínculo perfecto”; es el lazo que nunca falla (Colosenses 3:14; 1 Corintios 13:8). El verdadero amor, que halla su fuente en Dios y es renovado con los “delicados” pastos de la Palabra de Dios y las “aguas de reposo” de su presencia, resistirá la presión y los embates de las olas que se levantan en la vida matrimonial con todos sus problemas y pruebas.

Finalmente, el objeto final de cada pareja de novios debe ser el de fundar un hogar –la institución divinamente designada para el hombre– y el de vivir en él para gloria de Dios. ¿Hay algo más bienaventurado que constituir un nuevo hogar bajo la dirección del Señor, para que Él mismo more con nosotros? ¿Que podamos decirle, como los discípulos de Emaús: “Quédate con nosotros”! (Lucas 24:29).

Esposo y esposa

Las relaciones de nuestro círculo familiar deberían expresar y reflejar nuestras relaciones celestiales. Y esto se verificará en la medida en que ellas se vuelvan reales por el poder del Espíritu no contristado. Por eso, a lo largo de las epístolas del apóstol Pablo, el Espíritu Santo pone primero ante nosotros la verdad completa acerca de nuestras relaciones, bendiciones y posición celestiales. Luego, como fluyendo de éstas, presenta nuestras relaciones terrenales y establece plenamente nuestra responsabilidad y nuestros deberes respectivos.

El disfrute de nuestras relaciones celestiales

En la medida en que gocemos de las bendiciones provenientes de nuestras relaciones celestiales, y nos mantengamos firmes en Cristo, la Cabeza, ocuparemos nuestro lugar en nuestras respectivas relaciones aquí abajo. Aquellos que no disfrutaban de estas verdades celestiales, tampoco las manifestarán en su hogar.

Si el jefe de una familia cristiana no sabe comportarse como jefe de familia y como esposo, demuestra que no se mantiene firme a la Cabeza que está arriba, ni disfruta del amor de Cristo por su Iglesia. Si una esposa no reconoce que la Iglesia ha de estar sujeta a Cristo, y no disfruta la bendita relación con Cristo como parte de su Esposa, fallará en esta feliz relación con su esposo y en la sujeción a él. Esto es igualmente cierto en cuanto a la relación entre padres e hijos y entre amos y siervos.

Entonces, a la luz de esta realidad, consideremos la más importante y más íntima de las relaciones de familia, es decir, la que hay entre esposo y esposa, la relación básica del hogar, de la cual dependen todas las otras relaciones. Como se ha dicho antes, ésta es la primera relación humana que Dios dio a la humanidad y es muy bienaventurada y sagrada.

Si acudimos a la maravillosa epístola a los Efesios, en la cual nuestra relación celestial y sus correspondientes relaciones terrenales están expuestas con tanta plenitud, leemos las claras instrucciones divinas en cuanto a esta bendita relación de esposo y esposa. Después de que la verdad acerca de Cristo y su Iglesia es muy bellamente dada a conocer y se formulan exhortaciones prácticas en cuanto a un andar digno de nuestra vocación celestial, esta relación es enfocada en el capítulo 5:22-33 bajo el maravilloso tipo de Cristo y la Iglesia.

“Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo. Mari-

dos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella... Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia... cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo; y la mujer respete a su marido”.

Condiciones esenciales para la bendición matrimonial

Estos versículos no dan la totalidad de los preceptos matrimoniales, sino aquellos que el esposo y la esposa están más expuestos a olvidar. Consideran las características esenciales de su relación entre sí e insisten en ellas para el debido mantenimiento de esta unión concedida por Dios de acuerdo con Sus pensamientos y propósitos. Lo que debe caracterizar la relación de la esposa con su esposo es su **sumisión** a la cabeza que Dios le ha dado, mientras que **el amor** debe señalar el cuidado del esposo por su esposa. Estas dos cosas –el esposo amando a su esposa y la esposa reverenciando y sometándose a su marido– son las dos columnas esenciales sobre las cuales descansan la verdadera paz y felicidad matrimoniales.

Dios, quien conoce el corazón humano perfectamente, sabía en qué fallarían mayormente los esposos y las esposas y qué es contrario a nuestras inclinaciones naturales. Por tanto, con sabiduría divina y con sentencias maravillosamente concisas, el apóstol inspirado nos ha dado de su parte exactamente lo que cada cónyuge más necesita cultivar.

Esposas

Para una mujer es natural amar; el afecto está profundo y fuertemente implantado en su corazón, motivo por el cual no necesita que se le ordene de un modo especial que ame a su marido. Pero ella no ha de olvidar su sumisión a él como al Señor, en lugar de pretender gobernar. Como Eva, tiene inclinación a olvidar su lugar y asumir el mando y caer en pecado y desobediencia. Por eso es menester que se le recuerde que respete a su marido, lo consulte y se someta a él como siendo su cabeza.

Sumisión como al Señor

Esta sumisión de la esposa a su esposo ha de ser “como al Señor”. El Señor es introducido como Aquel de quien se deriva la autoridad de su esposo. Ella ha de reconocer, detrás de su esposo, al Señor como la autoridad directiva y gobernante en la vida familiar, y recordar que, como “Cristo es la cabeza de todo varón, el varón es la cabeza de la mujer” (1 Corintios 11:3).

Así las piadosas decisiones del esposo expresarán para ella la voluntad del Señor, y ella debería conformarse de buen grado a estas decisiones. Su sumisión no ha de estar condicionada por el carácter del esposo. Aun cuando la posición de una esposa sea aflictiva por estar unida a un esposo débil, irrazonable o impío, su deber no tiene que determinarse por la dignidad o sabiduría del hombre, sino por la voluntad del Señor. No importa lo que sea el hombre, él es su esposo, y ella le obedece “como al Señor”. Pero esta expresión también marca los límites de la sumisión de ella. Cuando la obediencia a su esposo está en conflicto con la superior autoridad del Señor y la expresa voluntad de Su palabra, esta sumisión debe cesar. El Señor debe ser obedecido antes que el hombre, aunque quizás como consecuencia se deba sufrir.

En la actualidad, la sumisión de la mujer es impopular y está fuera de moda; las mujeres piden libertad e iguales derechos que los hombres. Sin embargo, la sumisión de la esposa a su esposo es el expreso mandamiento de Dios, y la esposa cristiana es exhortada a practicarlo. Sin ella, no puede haber verdadera vida hogareña de gozo y bendición. Cuando el orden de Dios es quebrantado, pena y desorden son el resultado, como puede verse en muchos hogares hoy en día. No es cuestión de superioridad del hombre o de inferioridad de la mujer, sino del orden y voluntad de Dios. Una mujer que asume el liderazgo de la casa, menospreciando la autoridad de su esposo, es infeliz y miserable, e indudablemente cosechará los frutos amargos de su propia rebelión en la insumisión de sus hijos criados con desorden.

Finalmente, la esposa ha de recordar que en su sumisión a su esposo ella es un tipo y reflejo de la sumisión de la Iglesia a Cristo, su Cabeza. ¡Esto debería estimular el corazón a brillar más para el Señor en la esfera diaria de la vida doméstica!

Esposos

Aquello que el Espíritu Santo ha registrado como el deber más necesario del esposo para mantener una feliz vida hogareña es amar a su esposa, sustentarla y cuidarla, como Cristo ama, sustenta y cuida a la Iglesia. El maravilloso amor de Cristo por la Iglesia –manifestado en su pasada, presente y futura actividad– ha de ser el modelo de la relación del esposo con su esposa y caracterizar su afectuoso cuidado por ella.

La naturaleza del hombre por lo general no es tan tierna y amante como la de la mujer y, como está expuesto en su ocupación diaria a la rudeza y frialdad de un mundo malo, el esposo tiene inclinación a ser áspero y desagradable y a olvidar que debe actuar con gracia y amor hacia su esposa y familia. Por tanto, debe constantemente esmerarse en cultivar el amor hacia su esposa,

recordando que él ha de reflejar así el amor de Cristo por la Iglesia. Para ello, está a su disposición el abundante poder del Espíritu Santo, el cual puede levantarle por encima de las faltas y tendencias de su naturaleza caída.

Ejercer la autoridad con amor

El esposo podría hacer pesar exageradamente su posición y sus derechos como cabeza de la familia y de la esposa, y actuar de manera despótica, olvidando que el amor debe caracterizar al círculo matrimonial. Si bien es verdad que en este ámbito la autoridad está conferida al esposo, éste siempre debe recordar que ha de ejercer esa autoridad con gracia y amor, y expresarla en términos de amor y ternura, como conviene a un canal de la voluntad divina. La verdadera unidad de la vida matrimonial se manifestará, pues, en una **fusión de autoridad y afecto**. La autoridad del esposo se demostrará en amor, y la obediencia de la esposa será estimulada por su afecto y respeto a él. ¡Feliz es el hogar donde el amor gobierna y obedece a la vez!

El doble amor de Cristo, nuestro modelo

El pasaje de Efesios 5 pone ante el esposo el amor de Cristo por la Iglesia de un modo dual. Primero, Cristo se dio a sí mismo por la Iglesia y, en segundo lugar, Él cuida con amor de su Esposa, santificándola y limpiándola mediante el lavamiento por la Palabra. Guiado por esta alta norma del consagrado amor y cuidado de Cristo, el esposo concienzudo y piadoso procurará practicar este amor que implica una completa entrega de sí mismo a fin de asegurar el más alto bienestar de su esposa. En los detalles de la vida cotidiana buscará la forma de agradar a su esposa antes que a sí mismo, se preocupará constantemente por el bienestar de ella.

La felicidad de aquella que le ha confiado toda su vida terrenal debe ser la principal preocupación del esposo, con sumisión al Señor.

Citamos aquí las bellas palabras de otro autor: «Él la ayuda ante todo en su vida espiritual, en el ejercicio de adoración, oración y servicio. Él alivia los trabajos caseros de ella, echa una mano a sus muchas responsabilidades y la protege de ansiedades y temores, la consuela en sus horas de pena y la ayuda de manera natural. Tampoco olvidará los actos de devoción de ella hacia él, en respuesta a su amor, ni de alabarla por sus excelentes cualidades, como la Escritura invita a hacerlo (Proverbios 31:28-29)».

Desde luego, toda esposa entregada también reconocerá que ella es dada a su esposo para ser “su ayuda idónea” y obrar en beneficio suyo, así como él cuida del bienestar de ella. La esposa procurará “agradar a su marido” (1 Corintios 7:34) y ser una verdadera compañera y ayuda para él, especialmente en los intereses del Señor. El amor se deleita en servir, mientras al yo le gusta ser servido. En el verdadero amor mutuo, los derechos propios son olvidados; cada uno piensa en el otro.

Dada por compañera al hombre

Adán reconoció que Eva le había sido dada no como esclava, sierva o ayuda, sino para ser **su compañera** (Génesis 3:12), una ayuda idónea (no como criada). Como se ha señalado con frecuencia, Dios no sacó a Eva del pie de Adán, para ser pisoteada por él, o para ser inferior a él. Ni la hizo de la cabeza de Adán para que estuviera por encima de él y fuera quien gobernara, sino que la hizo del costado de Adán, indicando así que ella había de ser igual a él, estar bajo su brazo para ser protegida y permanecer cerca de su corazón para ser amada por él.

Más aun, Dios creó al hombre, “varón y hembra los creó” y Su propósito expreso fue que señoreasen sobre toda la creación (Génesis 1:26-28). Fue la intención de Dios que Eva estuviese asociada a Adán en esta posición de señorío; de manera que todo verdadero esposo actuará de conformidad con eso y considerará a su esposa como una con él, cualquiera sea el rango o posición que él disfrute, y deseará tenerla a su lado cada vez que sea posible. Además, la considerará digna de compartir todos los consejos y secretos de su corazón.

“Para que vuestras oraciones no tengan estorbo”

En 1 Pedro 3:7 los esposos son exhortados a habitar con sus esposas “sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia y de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo”. Unas relaciones felices entre esposo y esposa no son solamente necesarias para la paz y el gozo domésticos, sino también para efectivas oraciones conjuntas de la pareja unida, las cuales son tan esenciales para una feliz vida conyugal y el mantenimiento de un brillante hogar cristiano para el Señor. Cuando existen sentimientos hostiles entre esposo y esposa, el Espíritu está contristado, su vida de oración conjunta es impedida y las bendiciones del cielo son retenidas, para gran pérdida de ellos.

Al cerrar este capítulo desearíamos dar a cada esposo y esposa el siguiente lema:

«Uno para el otro y ambos para Dios».

Den a Dios todo el lugar en el corazón, tomen cada uno el sitio que la Palabra de Dios les asigna, vivan unidos para la gloria del Señor y sus intereses, y todo irá bien.

*Como es la cuerda en el arco,
así es para el hombre la mujer.
Aunque ella lo dobla, le obedece;
si bien ella lo atrae, le sigue.
Inútil es el uno sin el otro.*

La familia y su cabeza

Hemos considerado la relación de esposo y esposa, de modo que llegamos ahora al círculo de la familia. Las Escrituras abundan en cuadros de la vida familiar para nuestro ejemplo e instrucción, y también para nuestra advertencia y amonestación. La vida de la familia precede a la vida nacional, y es notable ver que una gran parte del libro del Génesis se dedica al relato de la vida de una familia puesta aparte del mundo como un testimonio para el Dios vivo y verdadero frente a la corruptora influencia de la idolatría. En los días de decadencia y alejamiento general de Dios que se observan en todos los períodos, hallamos familias fieles que se mantuvieron firmes para Dios. En medio de las tinieblas, la verdadera vida familiar resplandece en su hermosura y así es enfatizada su importancia. Las familias de Noé, Abraham, Josué, Rut, Ana, Zacarías y Loida, la abuela de Timoteo, son algunos ejemplos.

El encargo de Génesis 1

Debería ser el propósito y feliz esperanza de cada pareja de casados tener una familia y criar hijos para el Señor, si a Él le agrada concedérselos. Normalmente, un hogar no está completo sin hijos y sin los goces que ellos proporcionan. El bendito encargo que Dios confió a la primera pareja, Adán y Eva, es aún el que Dios da hoy a los esposos que estén en el umbral del matrimonio.

“ Y los bendijo Dios, y les dijo: Fructificad y multiplicaos; llenad la tierra
(Génesis 1:28).

Tal es el propósito divino para el hombre y su esposa en la sagrada y santa relación de ellos, como lo dice 1 Timoteo 5:14: “Quiero pues, que las viudas jóvenes se casen, críen hijos...”.

Como alguien expresó claramente: «Todo matrimonio contraído con el deliberado propósito de evitar tener hijos y formar una familia, cuando las condiciones físicas no lo justifican, no sería según el propósito expuesto en Génesis 1:28». Actualmente el proceder del mundo en este sagrado asunto de ningún modo es conforme al pensamiento de Dios, expresado en su Palabra. El amor al ocio y al placer inducen a esquivar las responsabilidades que impone la vida de familia, y la falta de temor a Dios acarrea muchos pecados.

El cristiano no debe ser arrastrado por la corriente de los pensamientos, opiniones o ideas del mundo acerca de lo recto y justo, sino ordenar su vida en cada detalle en armonía con los preceptos y principios de la Palabra de Dios y andar diariamente en el temor de Dios, “que es el princi-

pio de la sabiduría” (Proverbios 1:7). Debemos dejar al Señor intervenir en nuestra vida de familia y darle su justo lugar como Creador de la vida. Hacer lo contrario sería negarle sus derechos como creador.

El Salmo 127:3 nos dice: “Herencia de Jehová son los hijos”, y Proverbios 17:6 añade: “Corona de los viejos son los nietos”. Los hijos son una dádiva de Dios y deben ser aceptados con agradecimiento como tales y criados para Él, quien los ha dado.

Mientras tratamos este tema, sería oportuno decir unas palabras sobre la otra cara de la cuestión. El matrimonio, –y en particular el matrimonio cristiano– no da ninguna libertad para la incontinencia. En la relación marital, mutuo amor, consideración y dominio propio siempre deberían gobernar el ejercicio de los poderes sexuales conferidos por Dios. En esto, como en todo lo demás, el cristiano debe regirse por un justo juicio y cuidarse de todo abuso que redunde en perjuicio del alma y el cuerpo de cada uno. El exceso en esto es posible, así como en todo lo demás. La pasión y la concupiscencia no han de regir. De otro modo el fruto del Espíritu –la “templanza” o “continencia”– no puede ser practicada, y por ello el Espíritu que mora en nosotros, el Espíritu Santo, es contristado, y la vida, el crecimiento y la actividad espirituales son reprimidos.

Alguien dijo muy bien: «La única restricción que cabe imponer al crecimiento de la población, aceptada por Dios y por la Biblia, es la continencia». La continencia o templanza debe regir al cristiano en todas las cosas. La Palabra dice en 1 Corintios 9:25: “En todo ejercita propio dominio” (Nuevo Testamento Interlineal Griego-Español, F. Lacueva).

“Tú y tu casa”

Al considerar el tema de la familia es bueno señalar que Dios ha dispuesto que el esposo y padre sea la cabeza de la familia, así como la cabeza de la esposa, y que un hombre y su casa están vinculados. Varias partes de la Escritura revelan el hecho bendito de que Dios asocia la casa de un hombre al mismo. Éste es un privilegio, pero también una solemne responsabilidad. “Tú y tu casa” es el orden en toda la Escritura. Cuando Dios iba a destruir un mundo malo y violento por medio del diluvio, dijo a Noé: “Entra tú y toda tu casa en el arca; porque a ti he visto justo delante de mí en esta generación” (Génesis 7:1). Y cuando Dios se disponía a revelar a Abraham sus consejos secretos, dijo que sabía que Abraham mandaría “a sus hijos y a su casa después de sí, que guarden el camino de Jehová” (Génesis 18:17-19).

Así también cuando Jacob recibió mandato de Dios para que se levantase y fuese a Betel, nunca pensó en desvincularse de su familia; por el contrario se dice:

“

Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban: Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros, y limpiaos, y mudad vuestros vestidos. Y levantémonos, y subamos a Betel (Génesis 35:1-3).

El mismo principio se halla en Éxodo 10:8, 9. Cuando Faraón urgió a Moisés y Aarón a dejar a sus niños en Egipto mientras ellos fueran al desierto a celebrar fiesta a Jehová, Moisés respondió: “Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas”. De Josué oímos la misma verdad en sus nobles palabras: “Pero yo y mi casa serviremos a Jehová” (Josué 24:15). Las palabras de Jehová en 1 Samuel 3:11-13 demuestran también que Dios hizo responsable a Elí por el mal de su casa y lo identificó con su familia.

Una breve ojeada al Nuevo Testamento nos hace observar el mismo orden. La palabra dirigida a Zaqueo fue: “Hoy ha venido la salvación a esta casa” (Lucas 19:9). A Cornelio le fue dicho: Pedro “te hablará palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa” (Hechos 11:14). Así también en el relato concerniente al carcelero de Filipos, el mismo vínculo está expresado en estas palabras: “Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa” (Hechos 16:31).

Privilegio y responsabilidad

El principio implícito en la expresión “tú y tu casa” es sin duda una gran bendición y privilegio. Si aquel que es la cabeza de la casa es salvo y hecho un hijo de Dios, objeto de la bendición y del favor de Dios, entonces toda su casa, por virtud de la conexión con él, es traída con él a una posición de asombroso privilegio. Aunque ellos no estén en la misma relación con Dios que el padre salvado, serán introducidos en esta bendita posición (véase también 1 Corintios 7:14). Y como los propósitos y deseos de Dios son que toda la casa del creyente sea salva, el padre cristiano puede contar con Dios para la salvación de los que la componen. Éste es un gran consuelo.

Por otra parte, una grave responsabilidad está envuelta en la idea de “tú y tu casa”. Si yo pertenezco a Dios, mi casa pertenece también a Dios, ya que ella es parte de mí mismo. Consecuentemente, soy responsable de gobernar mi casa según Dios y de instruir a los niños para que le sirvan a Él. Han de ser criados en el camino del Señor y dirigidos por sendas de justicia en separación del mundo. Si se permite el mal en la familia, Dios hace responsable de ello a la cabeza.

Como Dios gobierna su propia casa según su poder ejercido con justicia, siempre acompañada de amor, así el siervo de Dios debe tomar a su Maestro como modelo y gobernar su casa de igual modo. Dios ha investido a la cabeza de la casa con autoridad, y lo hace responsable de ejercer esa

autoridad en el temor de Dios y para gloria de Él. El padre cristiano ha de representar a Dios en medio de su familia. Para ello debe volver constantemente a los pies de su Señor y aprender allí, en comunión con Él, lo que ha de hacer y de qué manera. Una casa cristiana debería ser una representación en miniatura de la casa de Dios con respecto a su orden moral así como la puesta en práctica de este orden. Sólo estando en continua dependencia del Señor y andando diariamente con Él podrá uno gobernar su casa rectamente.

Fracaso en la familia

Mucho fracaso y confusión se manifiestan en los hogares y familias cristianas, debido a que el esposo y padre no ha tomado su propio lugar como cabeza de la casa ni ha reconocido como tal su responsabilidad ante Dios. Dios espera del padre especialmente que vele por su familia y que ordene su casa de acuerdo con su Palabra y para Su gloria. A los hijos no les ha de permitir que hagan lo que quieran. Una de las características del obispo o supervisor de la asamblea era que gobernase bien su casa y tuviese a sus hijos en sujeción con toda honestidad (1 Timoteo 3:4). Como se ha notado ya, Dios pudo decir de Abraham que sabía que mandaría a sus hijos que siguiesen el camino del Señor después de él.

En ciertas familias la esposa y madre se aleja de la posición de sumisión y asume el gobierno de la casa, conduciendo a la familia por caminos que no son del Señor. No obstante, por triste y difícil que sea tal situación, el esposo y padre no tiene excusa ante Dios en cuanto a su responsabilidad respecto al andar de su familia. Si consideramos los capítulos 2 y 3 de Génesis tendremos la revelación de un principio importante en relación con esto.

Adán fue creado primero y Eva fue hecha más tarde y dada a él como **su ayuda idónea**. A Adán le fue mandado que no comiese del árbol de la ciencia del bien y del mal (Génesis 2:17). Satanás vino luego a Eva y tuvo éxito en lograr que ella tomara y comiera del fruto prohibido y que lo diese a su marido, el cual comió **así como ella** (Génesis 3:6). Aquí el orden de Dios fue revertido y ello derivó en el pecado original de la humanidad. En vez de que la mujer esté con el hombre y él presida, ella toma la iniciativa en actitud desobediente y el hombre la sigue en el pecado. Nótese ahora cómo Dios trata esta desobediencia y desorden. “Mas Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: “¿Dónde estás tú?... ¿**Has** comido del árbol de que **yo te mandé** no comieses?” (Génesis 3:9, 11). Dios no llamó a Eva y le preguntó si ella había comido del fruto prohibido, aunque ella había sido la primera en hacerlo. No; Dios llamó a Adán, la cabeza, a quien le había dado el mandamiento de no comer, y le hizo responsable de la transgresión.

Adán débilmente contesta que la mujer que Dios le había asignado por compañera le había dado del árbol y él había comido. Pero, al pronunciar su castigo gubernamental sobre Adán, Dios no le excusa por lo que Eva había hecho. Al contrario, Él inculpa a Adán por haber escuchado la voz de su mujer y haber comido, desobedeciendo al mandamiento que Él le había dado (Génesis 3:17). Eva recibió su castigo también, pero Adán fue tenido por más responsable.

Éste es el principio sobre el cual Dios actúa hoy con cada familia y su cabeza. Que su advertencia y amonestación sean tenidas en cuenta y se procure la gracia de Dios para cumplir con la responsabilidad que se tiene como cabeza del hogar y así se obre para gloria de Dios. Es de desear que las palabras de Josué sean el propósito de todo esposo y padre cristiano: Pero “yo y mi casa” serviremos al Señor.

Padres

Hemos considerado al esposo en su carácter de cabeza de la casa, con su autoridad y responsabilidad como tal. Ahora le consideraremos en su carácter de padre en el círculo familiar.

¡Qué maravillosa es esa palabra de «padre»! Ella habla de amor, misericordia, compasión, tierno y vigilante cuidado, sabiduría para gobernar y mantener la disciplina de aquellos que son el objeto de su amor, a quienes él ha engendrado. Ella habla de la relación de afecto más íntima y bendita: la de padre e hijo.

Reflejar al Padre celestial

El Padre de padres es nuestro Dios y Padre celestial, y de Él cada padre terrenal debe aprender cómo ser un verdadero padre de familia. Por gracia prodigiosa todo creyente en Cristo entra en la más íntima y preciosa relación con Dios y le conoce como su propio Padre. Tenemos al Espíritu de adopción dentro de nosotros que clama: “Abba Padre”.

Sólo en la medida en que disfrutemos de esta maravillosa relación con Dios como hijos y la vivamos a diario, podremos reflejar algo del carácter de nuestro Padre celestial en nuestra relación terrenal como padres. Sólo considerando “cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1) manifestaremos y reflejaremos este amor en nuestra relación terrenal con nuestros hijos. Al aprender de este bendito Padre, en comunión con él, al reconocer sus prodigiosos modos de obrar con paciente gracia y misericordia, combinados con su amante disciplina y fidelidad hacia nosotros en todas nuestras faltas, al probar el tierno cuidado que nos dispensa, sabremos cómo ser unos verdaderos padres para nuestros hijos. Si en lo secreto hemos acudido a nuestro Padre por la mañana temprano y hemos recibido la sonrisa de su amor; si le hemos ofrecido nuestras acciones de gracias; si nuestros corazones fueron refrigerados y llenados del sentimiento de su presencia, de su amor y de sus cuidados paternales; si hemos confiado en Él, como nuestro Padre amante, para todas las preocupaciones del día, entonces estamos dispuestos a recibir las sonrisas y muestras de amor de nuestros hijos, a oír de sus labios el encarecido nombre de «papá» y ser un verdadero padre para ellos, reflejando algo de la santidad, del amor, paz, justicia, gracia, misericordia y consuelo del corazón del Padre celestial. El carácter y amor de ese Padre celestial llenará así la atmósfera de nuestra familia cristiana y con el tiempo alcanzará el corazón de cada uno de sus miembros.

Sumiso a Dios el Padre

Pero si un Padre no conoce el amor de Dios el Padre en su propio corazón por estar fuera de comunión con Él, y si contrista el Espíritu por ser un hijo rebelde, ¿cómo puede ser un verdadero padre y difundir la luz y el calor de un amor celestial en su familia puesto que no recibe ninguna luz ni amor celestial del Padre, quien es tanto luz como amor?

Las inconsecuencias de un padre cristiano que no anda con rectitud con su Padre celestial son sentidas de una manera muy perjudicial por los miembros de su familia. Él ha sido puesto por Dios en la posición de padre de familia y Dios le ha investido de la autoridad inherente a esa posición. Pero si él mismo no está sumiso a su Padre divino, la familia pronto lo sentirá y el uso de su autoridad en esas condiciones tendrá poco peso o efecto. ¿Sostendrá el Padre celestial a tal padre en su posición de autoridad en tanto que él resiste a la suprema autoridad divina? ¡Solemnes pensamientos, en verdad, para ser considerados por los padres! La autoridad debe ser ejercida con sumisión a Dios, quien la otorgó.

Como padres cristianos, ¡que podamos sentirnos mucho más a gusto en el santuario y ser más sumisos a Dios nuestro Padre! De modo que, en la atmósfera de nuestra familia, podremos reflejar más brillantemente su bendito carácter de Padre y tener peso espiritual, seriedad y sabiduría para mantener nuestra autoridad y así glorificarle.

“No provoquéis a ira a vuestros hijos”

“Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor (Efesios 6:4).

“Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten” (Colosenses 3:21). Estos dos pasajes de la Escritura están directamente dirigidos por el Espíritu de Dios a los padres cristianos.

William Kelly, al comentar estos versículos, dice: «La exhortación está dirigida a los padres, quizá más necesitados de ella que las madres, aunque en principio, no hay duda, va dirigida a ambos». También dice: «La madre no es exhortada al respecto porque, por lo general, tiene inclinación a mimarlos. No hay nada que desaliente más a un hijo que el hecho de que el padre esté continua o injustamente hallando faltas en él. Peor aún es que un hijo sea castigado sin merecerlo. ¿Puede haber algo más apto para crear desconfianza y debilitar de este modo los vínculos de amor y respeto?»

Hay dos cosas aquí. Por una parte, los padres no han de provocar a sus hijos a ira, siendo demasiado ásperos, irrazonables o inconstantes en el ejercicio de su casi absoluta autoridad. Han de tratarlos con verdadera bondad paternal, con el amor y la benignidad de una madre, y por otra parte, no han de olvidarse de criarlos bajo la “disciplina y amonestación del Señor”. Estas dos cosas son muy importantes y darán al padre el necesario equilibrio, porque los padres son propensos a ser demasiado rudos por una parte, o demasiado apacibles por otra. La combinación de **firmeza y disciplina** con **bondad y amor** constituye un verdadero padre. Veamos ahora en detalle el primer punto de la exhortación.

El Espíritu de Dios recuerda a los padres que ellos no sólo son responsables de ejercer la autoridad en sus familias, sino que deben ser cuidadosos en cuanto a la **manera** de ejercerla. Dios hace a los padres tan responsables del modo en que gobiernan como del gobierno mismo. La carne, aun en un padre cristiano, tiende a ser tiránica y despótica. Por tanto, Dios, con tierna consideración por los jóvenes, dice: “Padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos”. Los hijos tienen sensibilidades agudas y tiernas, y los padres deben tener en consideración los sentimientos de ellos y sus disposiciones. Aunque sin ceder nunca en lo que se debe al Señor, necesitan recordar la debilidad de los jóvenes; no pondrán más carga sobre ellos que la que puedan llevar, para que no se desalienten y ofrezcan una airada oposición.

¡Cuán fácilmente los hijos son desalentados, especialmente en cuanto a seguir los caminos rectos del Señor! Sabiduría y tacto son muy necesarios para los padres en el trato con sus hijos.

Mantener los afectos

Un estimado hermano con mucha razón ha escrito respecto a Colosenses 3:21: «Los padres deben ser benévolo para que los afectos de sus hijos no se enfríen y sean inducidos a buscar en el mundo la felicidad que normalmente deberían hallar en el círculo doméstico que Dios ha formado como una salvaguardia para aquellos que están en pleno desarrollo».

Es muy importante que entre padres e hijos sean cultivados cálidos afectos y que exista una íntima relación entre ellos, especialmente a medida que los hijos crecen y se exponen a las influencias del mundo, las que fácilmente distancian sus corazones de los de sus padres. Sin descuidar la firme disciplina, padre y madre –pero especialmente padre– deberían aprovechar toda oportunidad para manifestar amor a sus hijos y ganar de este modo su afecto filial y su confianza. Muéstrenles por este medio que son amados, pero al mismo tiempo que la autoridad paternal debe ser respetada. Ambas cosas tienen suma importancia.

Confianza recíproca

Los padres deberían ser en cierto modo amigos de sus hijos con el fin de conservarlos en el círculo familiar y evitar que busquen sus amistades en el mundo. Esto es muy importante, pues muchos jóvenes dicen haber echado de menos esta feliz compañía en su juventud. Los padres deberían inspirar confianza a sus hijos para que éstos compartan sus problemas, y deberían manifestar un benévolo interés en sus dificultades. Los varones deben aprender de labios de su padre acerca de los misterios y las funciones de la vida y recibir la necesaria y deseada información en cuanto a cuestiones sexuales. Padres, no descuiden ustedes este importante deber hacia sus hijos, porque si estas cosas no las aprenden de ustedes, les serán enseñadas en el lenguaje vulgar y errado de la calle, para su desgracia. Las madres deben enseñar a sus hijas de igual manera, recordando que «más vale prevenir que curar».

Padres y madres deben guardar sus corazones renovados y ser niños con sus niños, tomando parte en sus pensamientos e interesándose en sus legítimas ambiciones y placeres juveniles. Cuando esto es así, los niños no se afanan por alejarse del círculo familiar para hallar su placer. Gozan de tantos buenos momentos en la misma familia que están satisfechos allí. Los padres no deben olvidar proveer a sus hijos de ocupaciones y entretenimientos sanos para sus hijos, alentándolos a aprender cosas prácticas. Hay que recordar que las manos ociosas son buena herramienta para Satanás. Tales entretenimientos pueden organizarse en casa de distintas maneras, y los hijos crecerán con apego al hogar y a la familia.

Atraer o repeler

Los padres y las madres que se han asegurado el afecto y la confianza de sus hijos, habrán ganado su interés, de modo que éstos escucharán de buena voluntad tanto las exhortaciones y palabras de corrección como la lectura y exposición de la verdad divina de la boca de sus amados padres, a quienes reconocerán como sensatos, considerados y llenos de amor.

En cambio, los padres que gobiernan a sus hijos con un rígido espíritu legal y les transmiten la verdad divina del mismo modo, imponiéndoles la verdad como un yugo férreo sobre sus tiernos cuellos, sólo les repelen y corren el peligro de producir en sus corazones rebelión y resistencia a las verdades divinas. Ésta es una de las razones por la que muchos hijos de padres cristianos —especialmente los varones— manifiestan, cuando ya han crecido, una oposición y hostilidad hacia todo lo que se llame «religioso». Los corazones de los hijos, y de la humanidad en general, deben ser atraídos y ganados —al igual que alcanzadas las conciencias— por el efecto de la verdad divi-

na. No basta que toda la obra vaya dirigida a la conciencia y ninguna al corazón. La presentación de “la verdad en amor” (Efesios 4:15) por el poder del Espíritu, gana a ambos, al corazón y a la conciencia.

Cierta vez, un querido siervo de Cristo se vio obligado a castigar a su hijo. A cada golpe de la vara el niño, llorando, se aferraba más a su padre, hasta que al fin éste se sintió constreñido a arrojar la vara al recordar lo que está escrito: “¿O forzaré alguien mi fortaleza? Haga conmigo paz; sí, haga paz conmigo” (Isaías 27:5). Seguramente aquel padre había ganado el corazón y la confianza de su hijo mucho antes de que le castigara. Así el niño sentía los golpes de la vara más vivamente en su corazón que en su carne, porque podía leer en el rostro de su padre la tristeza y la pena que le costaba tratarlo de ese modo. Como resultado, la vara fue directamente a la conciencia y al corazón del niño, y allí produjo frutos apacibles de justicia, de manera que el padre pudo dejar la vara. Otro efecto de la fiel corrección de aquel padre lleno de amor fue que el niño se apegó más a su padre en vez de sentirse repelido y alejado de él. ¡Qué lección para todos los padres cristianos!

Disciplina y amonestación

Si volvemos a la segunda parte de la exhortación a los padres, hecha en Efesios 6:4, notamos el importante mandato de criar a los hijos “en la disciplina y amonestación del Señor”. Como lo hemos observado ya, los hijos de un creyente están en una posición de bendición y privilegio que los hace extraños al mundo del que Satanás es el príncipe. El padre cristiano debería entonces reconocer esta posición privilegiada en la que son colocados sus hijos y criarlos bajo el yugo de Cristo en la disciplina y amonestación del Señor. La posición cristiana debe caracterizar la educación que dé a sus hijos. Él los tratará como siendo criarlos para el Señor, y los educará como el Señor mismo lo haría. Si bien no podemos hacer que nuestros hijos sean aptos para el cielo, por la fe podemos educarlos para que se encaminen allá, y Dios, en su gracia, bendecirá la fiel enseñanza de aquellos a quienes Él nos ha confiado.

La palabra original aquí traducida por “disciplina” significa «educación, instrucción, castigo» e implica también el alimento espiritual. Esto es lo que el término abarca y que los padres (incluyendo a las madres) son exhortados a hacer: nutrirlos, educarlos y disciplinarlos bajo la amonestación del Señor.

Mientras la primera parte de Efesios 6:4 advierte a los padres que no sean rudos y opresores con sus hijos, esta segunda parte de la exhortación les recuerda su responsabilidad de criarlos en la disciplina y bajo las solemnes exhortaciones e instrucciones del Señor. Esto protege contra el

otro extremo de ser demasiado condescendientes con los hijos y dejarlos actuar como les plazca. El padre es responsable de instruir a sus hijos en los caminos del Señor, nutriendo sus corazones con la preciosa Palabra de Dios y colocando sobre sus conciencias la disciplina y las exhortaciones del Señor. Esto implica enseñarles los pasos en que el Señor quiere que andemos y disciplinarlos para que sean obedientes a los mandamientos del Señor y a sus padres.

Nutrir los corazones

¡Cuán bueno es llenar los tiernos corazones y las mentes de los niños con las verdades de la preciosa Palabra de Dios! Es de gran valor instruir en las Escrituras a los niños cuando aún lo son y adiestrarlos en un conocimiento profundizado de la Palabra de Dios. Es como preparar bien los elementos de una fogata, de modo que baste una chispa para convertirla en llama. “Nutrido con las palabras de la fe y de la buena doctrina que has seguido” (1 Timoteo 4:6). Pablo pudo escribir al joven Timoteo:

“ Desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús (2 Timoteo 3:15).

Su padre era griego, quizás inconverso; por lo que su madre y su abuela –ambas fieles– le habían enseñado las preciosas verdades de la santa Palabra desde la niñez. Las madres desempeñan un papel importante en esta obra de instruir a los jóvenes en las Escrituras; pero ahora estamos ocupados en lo que toca a la responsabilidad del padre en cuanto a velar para que ellos sean criados así.

A los padres en Israel les fue dado un mandamiento preciso y apremiante en cuanto a esto en Deuteronomio 6:6-9 y 11:18-21: “Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y **las repetirás a tus hijos**, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte y cuando te levantes. Y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos, y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas”. ¡Qué hermoso cuadro hogareño! El padre poniendo las palabras de Dios en su corazón, teniéndolas siempre delante de sus ojos, enseñándolas diligentemente a sus hijos, haciendo de esa Palabra el tema de conversación en el hogar y poniéndola sobre las puertas para testimonio público. Si la Palabra de Dios ha de ser apreciada por los hijos, primero debe ser de valor para el padre y la madre y habitar en

sus corazones, a fin de que los hijos vean que las Escrituras son preciosas para ellos. Enviar a los niños a la escuela dominical para aprender acerca de la Biblia es muy bueno, pero no exime a los padres de la responsabilidad de enseñarles las Escrituras en el hogar.

Las necesidades espirituales son las más importantes

Muchos padres y madres están tan ocupados con sus ocupaciones y las cosas materiales que dedican poco o ningún tiempo a la lectura y meditación de las Escrituras para satisfacer sus propias necesidades espirituales y las de sus hijos. En consecuencia, a sus hijos les da la impresión de que las cosas materiales son de mayor importancia y que las cosas espirituales no cuentan mucho. ¿Puede sorprender, entonces, que tales hijos, al crecer, se vuelvan al mundo y tengan poco aprecio por la Palabra de Dios? Podemos estar tan ocupados en proveer las necesidades materiales de nuestros hijos y en seguir adelante en este mundo que olvidamos la mayor necesidad de las almas de nuestros hijos, y así dedicamos poco o ningún tiempo en instruirles sobre cuestiones espirituales. Esto no es criar a los hijos en la disciplina del Señor.

Enseñar a los hijos la Palabra de Dios y velar por sus necesidades espirituales es uno de los mayores deberes de un padre y, no obstante, es lo que se descuida con mayor frecuencia. ¡Cuán triste es esto! Debemos buscar el tiempo para leer la Palabra de Dios en compañía de nuestros hijos, para orar con ellos, para sacar lecciones espirituales de las cosas de la vida natural y de los acontecimientos diarios, para darles la palabra que sus almas necesitan en el momento de esa necesidad. Si deseamos que sean salvos y crezcan en la gracia y el conocimiento del Señor Jesucristo, debemos hacer nuestra parte y nutrirlos con la Palabra de Dios.

También es posible que un padre esté tan ocupado en enseñar la Palabra de Dios públicamente, yendo de aquí para allá en lo que él llama el servicio de Cristo, que descuide su primer deber: nutrir a su esposa y a sus hijos con la Palabra de Dios y cuidar adecuadamente de ellos. El servicio que se presta al Señor comienza en el hogar, en el círculo de la familia. Tenemos que esmerarnos en cuidar de nuestra propia viña, antes de guardar la viña de otros (Cantar de los Cantares 1:6).

El altar familiar

Todo padre cristiano debería establecer un altar familiar en su hogar, es decir, reunir a su familia cada día para leer la Biblia, orar y quizás cantar algún himno, si es posible. Ésta es la responsabilidad del padre como sacerdote del hogar; en su ausencia, la madre debe asumirla. Padres, no descuiden ustedes este importante servicio del culto familiar. No permitan que nada se interponga. No pueden criar a sus hijos para el Señor sin este altar familiar. No es suficiente que us-

ustedes oren y lean las Escrituras y que ellos, por su parte, oren y lean la Biblia. Ustedes deben leer las Escrituras juntos **con** su familia y orar juntos **con** ellos. Dejen que ellos les vean en oración y oigan su voz en súplica a Dios por ellos, para que conozcan el deseo de su corazón a favor de ellos. «La memoria de la oración de un padre muchas veces es el ancla de salvación de un niño tentado», ha escrito alguien con razón.

Doblen juntos las rodillas y busquen la bendición del Señor sobre ustedes como familia y sobre cada individuo, y den gracias a Él en familia por las bendiciones y misericordias de que son objeto. Hay una notable enseñanza en Jeremías 10:25 que demuestra que Dios no espera que sólo los individuos invoquen Su nombre, sino también las familias. El profeta dice: “Derrama antes tu ardiente indignación sobre las naciones que no te conocen, y sobre **las familias que no invocan tu nombre**” (V. M.). Amado padre cristiano, ¿descendería este enojo sobre su familia? ¿Invoca el nombre del Señor en familia? Un antiguo escritor dijo: «Una familia sin oración es semejante a una casa sin techo, abierta y expuesta a todas las tormentas del cielo». También: «La oración en familia cierra con cerrojo la puerta contra los peligros de la noche y la abre para las misericordias en la mañana». El capellán de una prisión dijo: «Lo último que olvida un hijo terco en toda la obstinación de su mente es la oración, las Escrituras y los himnos enseñados en el hogar».

Ganar a un hijo rebelde

Cierto padre tenía un hijo inmanejable e ingobernable en el hogar, al punto de poner en peligro las vidas de los miembros de la familia. Después de haber empleado sin éxito todos los métodos de amor, recompensas, amenazas y castigos, el padre decidió enviarlo a una escuela correccional, de modo que fue a ver al director de dicho centro, un simpático cristiano, y le contó sus preocupaciones.

El director estuvo de acuerdo en que debía ser enviado a la escuela y tener allí su formación, pero agregó que deseaba formular una pregunta antes de hacer los arreglos definitivos.

—Usted dice que ha probado todos los métodos —dijo— y que todos ellos han fallado. Ahora deseo saber si usted ha probado **orar con él**.

—No —dijo el padre, sorprendido—, nunca he pensado en hacer esto.

—Bien —dijo el director—, usted tiene que volver a su casa y orar con él. No me siento dispuesto a recibirle aquí o a tratar el caso hasta que haya sido probado en su hogar el poder de la oración en su presencia.

El padre confesó que no podía orar delante de su familia y que no tenía el valor para leer la Palabra con ella.

El director le sugirió que fuera a su casa y reuniera a su familia aquella noche a las nueve a fin de leer un capítulo de la Biblia y que orase con ella. Agregó que a esa hora, él y su esposa orarían por todos ellos y especialmente por Lane, el hijo rebelde.

Al llegar a su hogar contó a su esposa todo lo que el director le había dicho. Ella respondió que hacía mucho tiempo que venía pensando en que ellos estaban esquivando su deber en esta cuestión, y urgió a su esposo a no vacilar más, sino que empezara la reunión familiar aquella noche. Ella prometió hacer los arreglos necesarios.

Aquella noche, después de cenar, la madre pidió a los niños que hicieran «palomitas» (maíz tostado) y se pidió la colaboración de Lane. Éste era uno de sus pasatiempos favoritos; de este modo la madre impidió su acostumbrada salida a hurtadillas. Cuando acabaron, la mamá mandó a los niños que se lavaran y se reuniesen en la sala a las nueve para hacer algo placentero que les estaba reservado.

Trajo una Biblia grande y la colocó sobre la mesa. El padre, temblando, confesó a su familia que había descuidado vergonzosamente su deber de velar por el más alto bienestar de sus hijos, al no leer la Biblia y orar con ellos en familia. Dijo que esa noche comenzarían un camino diferente, para la bendición de su familia. Luego leyó un capítulo de las Escrituras y se arrodilló para orar. Su esposa e hijos se arrodillaron con él, excepto Lane. Éste se sentó erguido, molesto y con rostro austero, mirando una y otra vez en dirección a la puerta, como si quisiera huir.

El pobre padre al principio no pudo hallar palabras para expresar sus pensamientos y sentimientos contradictorios. Pero, al recordar que el director y su esposa estarían orando por ellos en aquel mismo instante, su lengua tartamuda se desató y una ferviente oración comenzó a fluir de sus labios.

Mientras terminaba con una muy tierna y conmovedora suplicación en favor de Lane, y para que todos sometieran su voluntad rebelde al yugo de amor de Cristo, Lane se levantó de su silla, cruzó el salón y, arrodillándose junto a su padre, echó los brazos a su cuello y sollozando le dijo:

—¡Sigue orando, papá! ¡Sigue orando! He tratado de pedir a Dios que limpie mi corazón malo, pero me parecía que no podía llegar hasta Él por mí mismo. Ahora, yo sé que Él me oirá si todos ustedes están dispuestos a orar conmigo.

Todos se incorporaron con los corazones conmovidos y los rostros llenos de lágrimas. Las dos hijas mayores dijeron a Lane que habían estado orando en secreto por él, y agregaron que ésta había sido la hora más feliz de sus vidas. Y Lane estaba completamente vencido. Entregó a su padre la escopeta cargada con la cual había aterrado a la familia aquel día y dijo que todo eso había llegado a su fin, que ya no causaría más dificultades.

–Perdónenme, perdónenme padre, madre, hermanos y hermanas –exclamó–, ¡cómo confío yo en el perdón de Jesucristo!

¡Qué poderoso testimonio del efecto y poder transformador de la oración en familia! ¡Ojalá que este verídico incidente pueda ser de gran bendición para cada padre!

Culto familiar

*Mamá está tan ocupada esta mañana
en el torbellino de la diaria ocupación,
y papá debe ir pronto a la oficina,
¡de modo que no hay tiempo para la oración!*

*Los niños son enviados a la escuela
y así comienza el día con su afán,
sin Palabra de Dios para la mente,
sin un himno siquiera que entonar.*

*No extraña que la carga sea pesada,
que las horas transcurran tan largas,
que el hablar sea tan áspero y rudo,
y las vidas inseguras y amargas.*

*Una pausita haced cada mañana,
y otra vez del día al terminar.*

*Un momento pasad con el Maestro,
recordando que Él nos enseñó a orar.*

La variedad en los elementos educativos

Terminaremos el tema de la crianza de los niños con algunas observaciones acerca de la necesidad de diversificar los elementos educativos. La educación cristiana no implica meramente la alimentación de las almas de los niños con la Palabra de Dios, aunque esto sea de primordial importancia. Según lo expresa Von Poseck: «Las mentes y los corazones jóvenes desean variedad. Ésa es su misma naturaleza. No pueden ser constantemente acosados con lecciones espirituales y preceptos. Ellos necesitan: 1) variedad en las lecturas; 2) variedad en las relaciones y compañía; 3) variedad en sus ocupaciones; 4) variedad en las distracciones juveniles y entretenimientos». El desaliento de ciertos padres que durante años de fiel enseñanza a sus hijos no ven los frutos por los cuales han orado y esperado puede resultar de su falta de sabiduría, al no dar suficiente lugar a esta necesidad que los jóvenes sienten naturalmente por la variedad. Sólo debe cuidarse que esta variedad sea de un **carácter natural, no mundano**. Libros sobre la Naturaleza y buena literatura como **relatos verdaderos** y biografías cristianas proveerán saludable instrucción para los corazones y mentes jóvenes, al igual que los libros instructivos sobre diversas ciencias, los que deben estar libres de racionalismo y de incredulidad.

El castigo por la desobediencia

“ El Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquel a quien el padre no disciplina? (Hebreos 12:6-7).

“Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo. Y si él hiciere mal, yo le castigaré con vara de hombres, y con azotes de hijos de hombres” (2 Samuel 7:14). Ésta es la manera en la que el Padre celestial obra para con nosotros. Él “azota a todo aquel que recibe por hijo”. Ejerce un gobierno moral sobre nosotros, según el cual cosecharemos lo que hayamos sembrado (Gálatas 6:7-8). Si le desobedecemos, sufrimos por ello y de ese modo aprendemos lo amargo que es la desobediencia. Si somos obedientes, cosechamos los benditos frutos de la obediencia y comprobamos que siempre es lo mejor. Sin embargo, también experimentamos que nuestro Padre no sólo actúa con nosotros ejerciendo su gobierno cuando somos desobedientes, sino que también actúa con gracia, misericordia y paciencia, especialmente cuando nos arrepentimos. Él nos muestra amor en su tiempo y castigo en su momento adecuado.

Por la manera como el Padre celestial actúa para con nosotros, aprendemos cómo conducirnos con nuestros hijos. Debemos castigar su desobediencia; de este modo probamos que son nuestros hijos. “Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos” (Hebreos 12:8). Como padres debemos actuar para con nuestros hijos en gobierno, pero también con gracia y misericordia. De este modo ellos aprenderán la bienaventuranza de obedecer y el dolor y la pena causadas por la desobediencia.

El castigo no necesita ser aplicado siempre en forma de azote con vara, aunque éste pueda ser necesario algunas veces. Existen muchos otros métodos de castigar la desobediencia. Los niños pueden ser privados de privilegios por un tiempo o ser sometidos a alguna tarea provechosa, cuya ejecución les resulte costosa... Los padres seguramente descubrirán qué método es más efectivo para instar a la obediencia en cada niño en particular. No todos los niños pueden ser tratados del mismo modo. Las medidas correctivas deben ser adecuadas según cada temperamento. A algunos niños se les puede hacer entrar en razón con calma; con otros puede ser suficiente una severa palabra de reprobación, mientras que otros pueden necesitar una disciplina más rígida. Para evitar que algunos padres consideren el uso de la tradicional vara como anticristiano, e incompatible con el hecho de que estamos en la época de la gracia, sería bueno para todos nosotros considerar los siguientes pasajes del inspirado libro de la sabiduría de Salomón:

“El que detiene el castigo, a su hijo aborrece; mas el que lo ama, desde temprano lo corrige” (Proverbios 13:24).

“Castiga a tu hijo en tanto que hay esperanza; mas no se apresure tu alma para destruirlo” (Proverbios 19:18).

“La necesidad está ligada en el corazón del muchacho; mas la vara de la corrección la alejará de él” (Proverbios 22:15).

“No rehúses corregir al muchacho; porque si lo castigas con vara no morirá. Lo castigarás con vara, y librarás su alma del Seol” (Proverbios 23:13-14).

“La vara y la corrección dan sabiduría... Corrige a tu hijo, y te dará descanso, y dará alegría a tu alma” (Proverbios 29:15, 17).

Ciertamente estas palabras de sabiduría son saludables para los padres de todas las dispensaciones. Ninguno puede despreciarlas, salvo para su perjuicio.

Usar la vara, pero con amor

Pero, como alguien ha escrito muy bien: «El niño a quien se castiga debe sentir que es el amor el que emplea la vara. Los niños perciben enseguida –sus jóvenes corazones sienten muy bien–, si los padres, al emplear la vara, lo hacen por amor, cólera o descontrol. En estos últimos casos, el instrumento correctivo no producirá el efecto buscado. La ira provoca ira. “Padres, no provocéis a ira a vuestros hijos... para que no se desalienten”. En tal caso, cada golpe de la vara estorbaría más y más el precioso propósito del castigo paternal y cerraría el corazón del niño en lugar de ganarlo. Cuán importante es, por tanto, que un padre, antes de emplear la vara de corrección, mire hacia arriba con un espíritu humilde y contrito y pida a Dios –quien da a todos liberalmente y no zahiere– la sabiduría necesaria y la gracia, para que su Espíritu de amor y de sabiduría guíe su mano al aplicar este penoso castigo».

El error de David

El breve comentario del Espíritu de Dios, en cuanto al error de David al no disciplinar a su hijo Adonías, contiene una lección que sirve de advertencia para todos los padres. En 1 Reyes 1:6 se lee acerca de Adonías: “Y su padre nunca le había entristecido en todos sus días con decirle: ¿Por qué haces así?”. Esta falta de David es señalada por Dios con motivo de la exaltación de Adonías contra el pensamiento divino. Dijo: “Seré rey” cuando se acercaba la muerte de su padre. Dios previamente había declarado su propósito de que Salomón sucediera a David como rey. Adonías, al hacerse proclamar rey, cometió un grave acto de rebeldía contra Jehová y su voluntad revelada.

Dios relaciona estos dos hechos: por una parte el ensalzamiento de sí mismo y la rebeldía de Adonías contra el propósito de Dios, y por otra parte, la falta de David en cuanto a disciplinar a Adonías en su niñez y juventud. ¿No significa esto que Dios quiere que nosotros veamos el resultado humillante de la negligencia de David para con su hijo? La rebeldía de Adonías fue el resultado del error de David como padre.

Este hijo parece haber sido el favorito en el hogar, lo que fue malo para ambos: padre e hijo (véase también el disturbio en el hogar de Isaac por la misma razón en Génesis 25:28 y el capítulo 27). David fue apacible y suave con él, permitiéndole hacer su propia voluntad. Nunca había disgustado a su hijo Adonías, y ahora debe cosechar el amargo fruto de esa desidia. El hijo ciertamente disgustará al padre si éste nunca ha disciplinado al hijo para que no le disguste. Hubo una gran falta por parte de David en su celoso y amante cuidado por su hijo. Después de todo,

si hubiera disgustado a su hijo para su bien, habría demostrado un amor más profundo hacia él, que siendo siempre bondadoso y tierno y permitirle hacer su propia voluntad. La falta que por tanto tiempo había subsistido en el hogar estalla ahora y toma una forma pública. Y todo esto está archivado para nuestra instrucción y provecho.

Otra persona ha expresado el pensamiento de que, si los padres no gobiernan a sus hijos, éstos, con el tiempo, gobernarán a sus padres, porque tiene que haber gobierno en alguna parte.

«La liviandad en la disciplina –escribió alguien– o aun el abandono de ésta por parte de los padres, no puede sino engendrar la desobediencia de los hijos. Ante tan evidente engaño, todos los otros medios de corrección no son más que frágiles cañas para desviar la tormenta que pronto se desencadenará».

Por otra parte, un competente observador ha escrito: «Es cosa sabida que los padres que no sólo son bondadosos con sus hijos, sino que también los educan con estricta obediencia y sumisión a la autoridad paternal, son amados y estimados por ellos; mientras que los padres indulgentes en exceso se ganan todo menos la gratitud, el respeto y el afecto de sus hijos».

Debemos añadir que, si bien hemos dirigido estas observaciones sobre «el castigo por desobediencia» a los padres –ya que sobre ellos descansa la mayor responsabilidad en el hogar– ellas también son válidas para las madres, quienes deben trabajar en armonía con los padres y actuar con disciplina con sus hijos.

Madres

Si bien no conocemos exhortación o precepto alguno que en las Escrituras esté dirigido a las madres, hay muchas menciones de ellas en la Biblia y ejemplos abundantes para su instrucción en justicia y piedad. A través de éstos –así como de la diaria observación y reflexión– se verá claramente que las madres ocupan una posición vital e influyente en el hogar, y que ejercen gran poder, positivo o negativo, sobre los niños criados bajo su autoridad y cuidado.

La madre comunica el tono moral y la virtud a los hijos, mientras que el padre les da el status social. Éste es el significado de la expresión usada corrientemente en los libros históricos de la Biblia con respecto a los reyes de Israel y de Judá: “el nombre de su madre era...”. La historia de esos reyes prueba que sus madres ejercieron gran poder moral e influencia, sea para bien, o para mal. Cuán importante resulta, pues, para las madres ser espirituales, buscando primero el reino de Dios y Su justicia, de modo que ocupen el lugar que Dios les ha deparado en el hogar para gloria del Señor e influyan en sus pequeños a fin de que anden rectamente en el Señor.

“Críamelo”

Las palabras que la hija de Faraón dirigió a la madre de Moisés en Éxodo 2:9 han sido citadas con frecuencia, a fin de señalar lo que Dios pide a cada madre cuando le confía un niño: “Lleva a este niño y críamelo, y yo te lo pagaré”. Éste es el encargo del Señor a la madre en cuyos brazos ha depositado un recién nacido.

*“Llévate este niño y críamelo”
dijo la hija de Faraón
a la madre, cuyo ser
por el niño sentía toda afición.*

*Así habla Dios a cada madre
al nacer su pequeño infante:
Lleva este niño y críamelo
por el tiempo de su vida restante.*

*Lleva a este niño; a ti lo confío
para que de ti aprenda cómo andar,
trascendiendo del mundo de tinieblas
al refulgente y celestial hogar.*

*Lleva a este niño y considera, Madre,
que el cielo hermoso y puro nos espera
donde tú has de morar eternamente.
¿Y este tu niño ha de quedarse fuera?*

*Entonces dirígelo sabiamente
a sentir el amor del Salvador.
Que la vida sombría de pecado
se torna pura y noble por Su amor.*

*Lleva este niño, rica bendición
que a tu cuidado se confía en la tierra;
críalo con cariño
hasta que yo a reclamarlo venga.*

¡Qué hermoso privilegio es el de criar un niño para el Señor! ¡Qué grande y noble tarea es confiada a una madre y qué maravillosa recompensa celestial dará Él por haber sido fiel al encargo!

Es de la mayor importancia que las madres reconozcan desde el comienzo que su hijo es un don del Señor, “una herencia de Jehová” (Salmo 127:3). Pertenece al Señor y solamente es confiado al cuidado de los padres. Los padres sólo son mayordomos por Dios, encargados de criar a sus hijos y educarlos para Él. Las equivocaciones que cometen algunas madres cristianas al educar a sus hijos se deben a que ellas olvidan con frecuencia a Quién pertenecen sus niños. ¿Cómo se les puede criar en los caminos del mundo, o permitirseles hacer lo que desean, si se recuerda que pertenecen a Dios?

¡Qué hermosas son las palabras de la piadosa Ana!

“ Por este niño oraba, y Jehová me dio lo que le pedí. Yo, pues, lo dedico también a Jehová; todos los días que viva, será de Jehová (1 Samuel 1:27-28).

Ella rogó para que el Señor le diera un hijo, lo recibió y ahora ella lo da de nuevo al Señor para Su servicio. ¡Qué ejemplo para toda madre!

La tarea asignada por Dios a la madre

En un normal estado de cosas, la mayor parte de la vida de un niño –estos años en que es más moldeable– la pasa en compañía de la madre. La responsabilidad del padre, como quien tiene que ganar el pan para la familia, por lo general le lleva lejos de su hogar durante muchas horas del día. Por tanto, la tarea de educar a los niños y de velar por su crecimiento en la piedad depende mayormente de la madre, aunque el padre sea el responsable de la casa, como ya lo hemos visto. La madre debe dedicarse **enteramente** a esta sagrada misión que Dios le ha confiado. Si bien la cocina, los cuidados de la ropa y demás tareas hogareñas reclaman la atención de la madre, los niños deben tener el primer lugar. No deje usted que nada le haga descuidar a aquellas preciosas almas a quienes Dios mismo ha puesto bajo su cuidado a fin de que las eduque para Él.

Es una gravísima equivocación que una madre abandone o descuide la labor que le ha sido asignada por Dios y que la confíe o delegue en las manos de otros, mientras se dedica a lo que ella llama «servicio», o al ocio, como es costumbre en estos días. La esfera de trabajo de la madre es el hogar. Las bases del carácter del niño se establecen en la casa y la mano de la madre es el instrumento que Dios emplea para echar esos fundamentos. Otras personas pueden ser encargadas de otras tareas, pero nadie más puede tomar eficazmente el lugar de ella en la formación de los niños. Dios le ha dado esta obra a ella y no a otros. Hablamos del curso normal de las cosas; circunstancias anormales, desde luego, como la muerte del padre y la necesidad de que la madre se convierta en el sostén de la familia, cambian las cosas.

*Mi obra en el hogar es el cultivo
de olivos que sembraste para el cielo;
cultivarlos es mi humilde anhelo
para que orne tus jardines cada olivo.*

*Puede ser que no busque en los confines
de áspero monte tu oveja perdida,
pero apaciento en dedicada vida
corderitos que son como jazmines.*

*Una obra me diste de por vida.
Sin toque de trompetas y clarines,
bajo tu amparo ella quedó cumplida.
Bástame decir, merced a lo que hiciste:
Te devuelvo sin desdoro las joyas que me diste.*

La educación que los niños reciben de sus madres en sus primeros años influye mucho en el resto de sus vidas. La educación cristiana apropiada es vital y deja en los niños una huella que perdura a lo largo de sus vidas. La impresión que deja en sus corazones y mentes jóvenes, dóciles y receptivos, no puede ser borrada ni siquiera por los peores pecados cometidos en el curso de su existencia. La Palabra de Dios declara:

“ Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él (Proverbios 22:6).

¿Quién puede dudar de que la importante decisión que Moisés tomó –siendo ya hombre rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón y escogió antes identificarse con el pueblo de Dios y sufrir aflicciones con él– se debió, humanamente hablando, a la piadosa instrucción en las verdades y promesas de Dios que recibió de su madre mientras ella lo criaba para la hija de Faraón? En Proverbios 31 vemos que la profecía enseñada al rey Lemuel por su madre permaneció en su memoria y más tarde fue escrita por la pluma inspirada en la Sagrada Escritura.

Antes de continuar con el tema es bueno señalar que resulta imperioso que el padre y la madre coincidan en propósito, ideales y acción en cuanto a la educación de sus hijos. Esto es de lo más necesario. Nada puede ser más desastroso que una madre que trate a su hijo de modo opuesto al del padre, o viceversa. Cualquier desavenencia en cuanto a principios o procedimientos educativos debería ser discutida por los padres a solas, ante el Señor, y nunca en presencia de los hijos. Delante de éstos debe desplegarse una acción común, unificada, en la cual cada uno sostenga la disciplina ejercida por el otro.

Lo que significa «educar»

«Educar» no es meramente enseñar o instruir, sino también «conducir por un curso particular o llevar a lo largo de cierto paso». Se requiere continua vigilancia, constante atención y persistente cuidado para producir el efecto y objeto deseados.

Un niño puede tener su mente atestada de sentimientos religiosos, su memoria atiborrada de textos bíblicos e himnos y, a pesar de ello, no tener un corazón del todo interesado o influido por esta instrucción intelectual. Por importante que sea esta instrucción, no deja de ser una mera información. El corazón debe ser alcanzado y educado, así como es informado el cerebro. Además, las madres con frecuencia enseñan a sus hijos lo que ellas mismas no ponen en práctica, o bien no se toman el tiempo y el trabajo para que sus hijos lo practiquen. De ahí que los corazones de

sus niños no sean atraídos en el camino de la enseñanza impartida, de manera que pronto son guiados por huecas teorías que los llevan a perder el respeto a sus padres y a las enseñanzas religiosas que éstos les proporcionaron.

Como hemos visto, «educar» significa conducir a lo largo de cierto curso, de modo que la responsabilidad de las madres cristianas es conducir a sus hijos por el camino del Señor mediante su propio ejemplo de piedad y de una vida cristiana consecuente. De este modo los corazones de los niños serán tocados e instruidos, así como sus mentes. Madres, si quieren educar a sus hijos, deben **poner en práctica** lo que les enseñan y deben **mostrarles también cómo hacer lo mismo**. Deben poner todo empeño en que ellos hagan según les enseñan.

No basta hablar solamente; las palabras no ponen freno a las tendencias de la naturaleza ni impiden sus veleidades. Así como el vinicultor poda sus vides, ustedes tienen que podar, enderezar, dirigir la joven vid de la vida que les ha sido confiada, si quieren educarla para Dios y la justicia. Muchas madres enseñan a sus hijos lo recto en la teoría, pero la negligencia o indiferencia en cuanto a la práctica hace que ellos crezcan de modo opuesto. Puede significar muchas dificultades la apropiada educación de los niños. Tal vez sea preciso abandonar el trabajo por un momento y suministrar la corrección e instrucción necesarias. Si la madre no se esfuerza cuando ellos son pequeños, causarán mucho más dificultad cuando sean mayores. Muchas madres insensatas, para ahorrarse trabajo, han dejado que sus hijos actúen libremente, olvidando que Dios ha dicho: “El muchacho dejado al gobierno de sí mismo avergonzará a su madre” (Proverbios 29:15 – V. M.)

Nos gustaría llamar la atención hacia la hermosa actitud de Manoa y su esposa en Jueces 13. Cuando les fue dicho por el ángel de Jehová que ellos tendrían un hijo, quien sería nazareo y salvaría a Israel, Manoa invocó a Jehová y dijo:

“ Ah, Señor mío, yo te ruego que aquel varón de Dios que enviaste, vuelva ahora a venir a nosotros, y nos enseñe lo que hayamos de hacer con el niño que ha de nacer... ¿cómo debe ser la manera de vivir del niño? (Jueces 13:8, 12).

Esto fue realmente atinado y hermoso. Así debería ser la firme disposición del alma y la ferviente petición de toda madre y de todo padre. Necesitamos con frecuencia volvernos al Señor y preguntarle: «¿Cómo tendremos que encaminar la vida del niño y qué hemos de hacer con él?».

Enseñar a obedecer

Dios ha dicho:

“ Obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros (1 Samuel 15:22).

El primero y más importante punto en la educación de los niños es **enseñarles** la bendición que trae la obediencia. Necesitan aprender que deben obediencia a la autoridad justamente constituida, precepto que constituye el fundamento de todo valor moral, no solamente en la niñez, sino también a través de toda la vida. Si un niño no aprende a ser obediente a la autoridad de sus padres, concedida por Dios, será desobediente a las autoridades gubernamentales, también establecidas por Dios.

La obediencia a Dios es la esencia misma de una vida cristiana feliz y, si deseamos que nuestros hijos se conviertan y vivan como cristianos obedientes, debemos enseñarles a obedecer en el hogar desde la más temprana edad. Un niño que no ha aprendido a obedecer a sus padres, rara vez será un cristiano obediente aun si se convierte. La obediencia a la autoridad paterna es esencial para aprender a ser sumiso a la autoridad de Dios. La autoridad paterna debe ser soberana para el niño, pues ella ocupa el lugar de Dios en relación con el niño.

La voluntad propia, tendencia congénita de cada hijo de Adán y esencia misma del pecado, necesita ser sometida a Dios. A los padres –y especialmente a las madres– Dios les ha confiado la tarea de comenzar esa obra en la niñez, inculcando al niño la indiscutida obediencia a sus padres y a las autoridades. Estamos en los postreros días descritos en 2 Timoteo 3, cuando la desobediencia a los padres y las varias formas de voluntad propia y rebeldía cunden por todas partes, lo que hace más necesario que los padres enseñen a sus hijos a obedecer.

Obligar a obedecer

Para ser obedecidos, los padres deben atenerse a su palabra y cumplir sus advertencias de castigo en caso de desobediencia. Los niños son vivos observadores y pronto saben si lo que decimos, lo decimos seriamente o no, si castigaremos la desobediencia y recompensaremos la obediencia. Los padres deben insistir, aun apelando al castigo si fuese necesario, en ser obedecidos. Si se procede así, los niños pronto aprenderán que las palabras de sus padres serán cumplidas y que ellos deben obedecer. Entonces responderán rápidamente a los deseos de sus padres.

Con frecuencia hemos visto hijos que no prestaban atención alguna a las órdenes de sus padres porque éstos meramente seguían con sus súplicas y amenazas, pero no exigían obediencia ni llevaban a la práctica sus advertencias. Por consiguiente, si los niños hacen lo que quieren y desobedecen, ¿quién es culpable sino los padres? Especialmente las madres a menudo faltan en esto, aunque a veces también los padres son culpables.

Seguramente que hay una advertencia para los padres y las madres en las palabras de Jehová acerca de Elí, el sacerdote: “Y le mostraré que yo juzgaré su casa para siempre, por la iniquidad que él sabe; porque sus hijos han blasfemado a Dios, y él no los ha estorbado” (1 Samuel 3:13). Sabemos, por lo dicho en el capítulo 2:22-25, que Elí reprochó a sus hijos su maldad, pero la acusación que Dios le hizo fue la de no haberlos detenido. Esto muestra lo que Dios espera de los padres; no lo olvidemos.

Comenzar temprano

«El secreto para lograr una educación exitosa y para obtener obediencia es **comenzar temprano**», escribe una madre experimentada. «No se debe permitir a Satanás que nos tome la delantera al comienzo, mimando la voluntad del pequeño... En eso yerran tantas madres: **empiezan demasiado tarde**. La mayoría de los niños ven arruinada la formación de su carácter antes de llegar a la edad de cinco años por la insensata indulgencia de sus madres».

Los pequeños deben ser manejados de un modo compatible al amor y la ternura, lo que les enseñará que, aunque la madre ama y acaricia, ella debe ser obedecida. Una mano y una voz firmes harán que el pequeño aprenda muy pronto que debe quedarse quieto y dormirse cuando quisiera rebelarse en contra de la acostumbrada siesta. Si persiste en resistir, la mamá debe **perseverar** y vencer la pequeña voluntad; porque si el niño logra imponer su voluntad, el conflicto será más difícil la próxima vez y seguirá siéndolo cada vez más. Si la mamá prevalece por medio de su firmeza, la lucha será cada día más fácil y el niño aprenderá pronto la obediencia. Pero la mayoría de las madres flaquean en esto; desisten porque no desean sufrir el dolor de una lucha. Olvidan que la derrota de ahora sólo significa batallas sin fin en el futuro y multiplicará el dolor.

La misma madre antes citada escribe que ella venció la fuerte voluntad de sus hijos a la edad de seis y diez meses, y que en lo sucesivo apenas tuvo que luchar contra la abierta oposición de ellos alguna que otra vez. Con uno de sus hijos, quien llegó a ser predicador del Evangelio, ella peleó

una sola batalla decisiva; fue cuando él tenía diez meses. Su hijo nunca desafió su voluntad en todos los años que sucedieron a aquella penosa lucha. Seguramente ese bendito resultado compensó con creces aquella lucha. ¡Qué verdadera y saludable lección para todas las madres!

Verdad y rectitud

Otra cosa importante en la educación de un niño es enseñarle a practicar la verdad y la integridad. Por haber nacido en pecado, todos los humanos tienen una naturaleza mala, “hablando mentira desde que nacieron” (Salmo 58:3), y éste es indudablemente uno de los pecados más comunes de la humanidad. Contrarrestar esta tendencia y formar el alma en el hábito de la verdad debe ser uno de los primeros objetivos de la enseñanza del niño.

“ Aborrece Jehová... la lengua mentirosa. Los labios mentirosos son abominación a Jehová (Proverbios 6:16-17; 12:22).

Por tanto, a los niños debe enseñárseles desde temprano cuán abominables son las mentiras para Dios. Para desarrollar la veracidad y la rectitud, los padres deben cuidarse de minimizar y excusar la tendencia a la falsedad en sus hijos. En realidad, algunos padres se sonríen y admiran sus trucos engañosos para ocultar alguna de sus pueriles travesuras. No es de extrañar que estos niños crezcan sin horror alguno a la falsedad o sin tener ningún escrúpulo con respecto a decir mentiras, lo que constituye una de las garantías para vivir honradamente una vez crecidos. Ningún padre o madre logrará inculcar a su hijo un horror a todo pecado más grande que el que **él mismo siente**. Los niños, rápidos analistas, instintiva e inmediatamente percibirán toda simulación de piedad en sus padres. Ellos no juzgan tanto por lo que decimos como por lo que sentimos y hacemos. Nunca cierre usted los ojos sobre cualquier falsedad o engaño de su hijo.

Que las madres se cuiden de hablar contra alguien delante de sus hijos y después actuar amablemente para con esa persona. ¿Qué lección de engaño daría a un hijo una madre –o quizá un padre– que actuara así? Y si los padres cuentan a sus hijos las acostumbradas falsedades acerca de espectros, espantajos... ¿cómo puede esperarse que los niños digan la verdad?

Nunca digamos una mentira a nuestros niños si queremos educarlos para Dios, “quien no miente” y quien ama “la verdad en lo íntimo” (Tito 1:2; Salmo 51:6). Antes conteste usted sus averiguaciones con poco o nada si siente que no puede decirles la verdad con toda conformidad. Ejercítense en la veracidad con sus hijos si quiere que sean rectos. No les haga promesas que luego no cumpla. Esto es mentira. Ni los inste usted para que tomen medicinas amargas diciéndoles que

es algo bueno y sabroso. Al actuar así enseña a sus hijos de modo contrario al que correspondería para lograr su propósito, y más tarde, en vano trabajará para hacerles veraces y sinceros, pues usted habrá dañado el terreno.

La educación

Ciertamente la tendencia a llenar la mente de los niños con toda clase de **cuentos de hadas y ficciones** no puede conducir a formar en ellos el concepto de la verdad. Tales libros deben ser alejados de ellos tanto como sea posible y reemplazados por los que se refieran a hechos reales y vivientes. No hay mejor libro que la Biblia, con sus historias verdaderas, interesantes e instructivas, de las que los niños siempre gozan. Enséñele usted también acerca de la maravillosa creación de Dios, haga que se interesen por todos los animales y cosas que Dios ha hecho. De este modo se cultivará su amor por la Naturaleza y sus corazones se sentirán atraídos a adorar a Dios desde temprano, como su sabio y poderoso creador. Paralelamente se les enseñará la verdad más elevada de Cristo el Redentor y la necesidad que ellos tienen de Él como su Salvador.

*Instruye al niño con todo anhelo
a los siete, para llegar al cielo.
La verdad arraigará con más ahínco
si le enseñas al llegar a los cinco.
Aprenderá para no olvidar después,
si con ruegos le enseñas antes de los tres.*

El centro de atracción

Antes de terminar el tema de la enseñanza de los niños, sería bueno considerar el error de permitir a los niños tomar demasiada importancia en presencia de otros, dejándoles ser el centro de atracción y llamar la atención en cuanto a su inteligencia y agudeza. De este modo, pronto aprenden que se les está dando importancia y desearán ser ensalzados. En vez de ser modestos y humildes, serán atrevidos y orgullosos y actuarán descomedidamente. La vieja costumbre de que los niños permanezcan callados en medio de los adultos y cuando hay invitados presentes, es muy buena. Las cualidades cristianas de mansedumbre, modestia y quietud deben ser desarrolladas en el niño en vez de la arrogancia, la petulancia y el egocentrismo. Que el Señor dé mucha gracia y sabiduría a las madres para educar a los niños para Él y para Su gloria.

Siervos y amos

Habiendo considerado las relaciones entre esposo y esposa, entre padre, madre e hijos en el hogar cristiano, resta hacer lo mismo con la relación que existe entre siervos y señores; pero como esta relación no se da en todos los hogares, sólo la consideraremos brevemente. Sin embargo, no es una relación de menor importancia, puesto que debería ser mantenida para gloria de Dios, en conformidad con todo lo que el hogar cristiano representa.

Siervos

“ Siervos, obedeced en todo a vuestros amos terrenales, no sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios. Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, como para el Señor y no para los hombres; sabiendo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís (Colosenses 3:22-24).

Aquí el siervo es llevado a mirar al Señor como Aquel a quien debe prestar su servicio, quien también recompensará todo servicio fiel. Así que lo que quizás pueda parecer una tarea nimia y humilde es elevada al alto nivel del servicio para el Señor Jesucristo.

El siervo, cuyos ojos están dirigidos hacia el Señor, ha de recordar también, y por encima de todo, que el Señor Jesucristo es su modelo en su trabajo. Él mismo vino a ser el Siervo perfecto, quien se humilló a sí mismo “tomando forma de siervo” (Filipenses 2:7), no viniendo “para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45). Entonces, el siervo cristiano debe aprender diariamente de Él, y reflejar Su carácter de siervo, para gloria de Dios. El evangelio de Marcos enfoca, de un modo especial, al Señor Jesucristo como Siervo, de modo que el estudio de ese evangelio será de mucho interés y provecho para todo siervo cristiano, que es lo que en un sentido amplio, deberíamos ser con todos para nuestro Señor y Maestro.

“Exhorta a los siervos a que se sujeten a sus amos, que agraden en todo, que no sean respondones; no defraudando, sino mostrándose fieles en todo, para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador” (Tito 2:9-10).

Obediencia, sujeción y fidelidad son los requisitos para ser un buen siervo, de ahí esa exhortación del apóstol. Éstos fueron hallados con perfección en Cristo, el Siervo perfecto. El siervo cristiano ha de adornar, mediante su conducta y su servicio, la doctrina de Dios que él profesa. Por medio de una vida fiel y un servicio diligente, manifestará de manera práctica y visible la doctri-

na y las enseñanzas de su Salvador. Tal comportamiento se entiende mejor y habla mucho más que la mayor predicación. Así un siervo fiel puede dar en su humilde esfera un testimonio tan efectivo acerca de su Salvador como el que da el predicador más elocuente. “Todos los que están bajo el yugo de esclavitud, tengan a sus amos por dignos de todo honor, para que no sea blasfemado el nombre de Dios y la doctrina. Y los que tienen amos creyentes, no los tengan en menos por ser hermanos, sino sírvanles mejor, por cuanto son creyentes y amados los que se benefician de su buen servicio” (1 Timoteo 6:1-2).

Los siervos que tienen amos incrédulos han de honrarlos y no sentirse superiores a ellos, a fin de que el Nombre de Dios y la doctrina no sean blasfemados por sus amos inconversos. Por su parte, aquellos que tienen amos creyentes no deben adoptar una actitud familiar de igualdad con ellos y honrarlos menos. Antes bien, les servirán con sumisión y los honrarán aún más, como fieles y amados hermanos. Nuestro lugar en la Iglesia de Dios no ha de confundirse con nuestra posición en el mundo y nuestras condiciones de vida. En la Iglesia de Dios todos son hermanos, miembros los unos de los otros, mientras que en el mundo hay distintos niveles sociales que deben ser respetados.

Amos

“ Amos, haced lo que es justo y recto con vuestros siervos, sabiendo que también vosotros tenéis un Amo en los cielos (Colosenses 4:1).

Los amos cristianos siempre deberían recordar que tienen a un Amo en el cielo ante quien son responsables del papel que desempeñan como amos y que deben actuar con sus siervos así como su Amo celestial actúa con ellos. El sentimiento de Su señorío debe estar siempre ante su conciencia, a fin de que el corazón reconozca diariamente Su bondad, gracia y benignidad.

Nuestro Amo celestial no es duro y austero y el amo cristiano no debe caracterizarse por esos rasgos. Debería reflejar el carácter de su Amo celestial –quien es luz y amor– y comportarse con sus siervos con toda justicia y bondad, dándoles lo que es justo y equitativo. La luz del cielo estará en su hogar y será un candelero que “alumbra a todos los que están en casa” (Mateo 5:15).

En Efesios 6:9 los amos son exhortados a renunciar a las amenazas. Si bien esto tenía especial fuerza en los días de la esclavitud, también contiene una enseñanza para los patrones en los días de libertad en que vivimos. Amenazas o lenguaje áspero cuadran mal con un hijo de un Amo benigno, amante, justo, celestial. Si el ojo del amo terrenal está siempre puesto en lo alto, en su Amo en el cielo, la voz de bondad y justicia será siempre oída por sus siervos.

¡Qué bello cuadro se nos ofrece en Rut 2:4 acerca de la feliz relación existente entre el amo, Booz, y sus siervos, los segadores! Cuando llega a su campo, Booz saluda a sus siervos con las palabras: “Jehová sea con vosotros”, y ellos responden: “Jehová te bendiga”. Booz es un magnífico tipo de Cristo, nuestro “Pariente”, Redentor y Señor (o Amo). La pequeña epístola de Filemón también es muy instructiva para los amos, pues les muestra cómo el espíritu de Cristo debería gobernar su conducta para con aquellos que hasta eran siervos inútiles.

Los amos no sólo deberían pensar en cuánta ganancia deben recibir de sus siervos, sino también en buscar el amor de sus corazones. A un amo cristiano se le preguntó cierta vez cuántos **corazones** tenía a su servicio. La rareza de la frase revela cuán poco se piensa en ello, mientras que se habla corrientemente de un amo «empleando **tantos brazos**».

El hogar para Dios

Comenzamos nuestra meditación sobre el hogar cristiano recordando su institución por Dios mismo y vimos que el verdadero hogar cristiano es aquel en el que al Señor se le da su justo lugar, y donde las relaciones establecidas por él son mantenidas de acuerdo con su pensamiento y propósito, a fin de glorificarle. En este último capítulo consideraremos el hogar propiamente dicho, para el Señor y sus intereses.

El hogar de Betania

Cuando el bendito Salvador estaba aquí en la tierra como un extranjero sin hogar, sin lugar donde reclinar su cabeza, Marta lo recibía en su casa (Lucas 10:38). Quizás su hogar fue el único en la ciudad de Betania abierto para Él. Allí siempre era bienvenido. A menudo recurrió a este hogar. Allí vino antes de la Pascua y de su muerte expiatoria, cuando el odio de los dirigentes religiosos se levantaba como llama de fuego contra Él; sus huéspedes Marta, María y Lázaro “le hicieron allí una cena” y María le ungió con un perfume de mucho precio (Juan 11:57; 12:2-3). ¡Qué bálsamo recibió el corazón de Jesús en este hogar de Betania, poco antes de la hora de su mayor pena y sufrimiento! Verdaderamente éste fue un hogar para el Señor.

Recibirle hoy

Si bien el amante Salvador no está ya corporalmente en la tierra como en tiempos de Marta, el Espíritu Santo está aquí, trabajando por Sus intereses; habita en Su pueblo redimido, y actúa por ellos y en ellos. Por tanto, nosotros también podemos recibir al Señor en nuestros hogares como Marta lo hizo en otro tiempo. Hablando con sus discípulos, Él dijo: “El que a vosotros recibe a mí me recibe” (Mateo 10:40). Cuando recibimos a los hijos de Dios en nuestros hogares, le recibimos a Él.

“ En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis;

éste es el principio que el Señor establece en Mateo 25:40 para aquellos que han alimentado, vestido, visitado y recibido a los hermanos de Cristo. Así vemos que podemos y debemos abrir nuestros hogares para el Señor, sus intereses y sus hijos, y no tenerlos sólo para nuestros intereses egoístas o para el mundo que Le rechaza.

Ejemplos bíblicos

En la Biblia encontramos muchos ejemplos de hogares, entre los hijos de Dios, que abrieron sus puertas al Señor y que fueron usados para su obra. En los días de David, Obed-edom geteo guardó el arca de Jehová en su casa por tres meses, y Jehová le bendijo a él y a toda su casa por ese motivo (2 Samuel 6:10, 11). El dueño de la casa en Marcos 14:14 prestó el gran aposento alto de su casa al Señor y en él fue celebrada la Pascua e instituida la Cena del Señor. Los primeros cristianos se reunían en sus hogares todos los días para recordar al Señor en el partimiento del pan, y diariamente los apóstoles enseñaban y predicaban a Jesucristo en el templo y en las casas (Hechos 2:46; 5:42). En Hechos 12:12 vemos a muchos reunidos en la casa de María, madre de Juan Marcos, para orar por un motivo especial.

A través de Romanos 16:5 y 1 Corintios 16:19 sabemos que el hogar de Aquila y Priscila fue el lugar de reunión de los cristianos que formaban la iglesia local. Así también en Colosenses 4:15 y Filemón 2 vemos que Ninfas y Filemón abrieron sus hogares para que se reuniera la iglesia local. El amor de Cristo movió a cada uno a ofrecer su hogar para el Señor y sus hijos y sobrellevar de buen grado el inconveniente y el trabajo adicional que tales reuniones acarrearán.

Aquila y Priscila

Formas especiales de servicio cristiano se presentan para el esposo y la esposa cristianos que han fundado un hogar y desean servir juntos al Señor.

En Aquila y Priscila tenemos un ejemplo sobresaliente de la poderosa influencia y el bendito servicio que un matrimonio, consagrado como una sola persona a los intereses de Cristo, puede ejercer y llevar a cabo. Ya se aludió a la reunión de la iglesia en el hogar de ellos, y ahora queremos considerar su valioso servicio común en el hogar, según puede verse en Hechos 18:3, 24-28.

Cuando el apóstol Pablo llegó a Corinto, el hogar de Aquila y Priscila se abrió para él y juntos vivieron por más de dieciocho meses, trabajando en su oficio de hacer tiendas. Así, al consagrado apóstol, que no tenía vivienda propia, le fue provisto un hogar mientras obraba para el Señor. Ellos, a cambio, sin duda fueron enriquecidos espiritualmente por el gran maestro de los gentiles, y hasta quizá fueron salvos por medio de él. De las distintas menciones de este fiel matrimonio hechas por el apóstol, incluso al final de su vida, podemos ver cuán queridos eran para él y cómo apreció la bondad de ellos.

Más tarde vemos a esta piadosa pareja mudándose con el apóstol a Éfeso. Poco tiempo después, el ferviente y elocuente Apolos llega a la ciudad y habla diligentemente en la sinagoga “lo concerniente al Señor”. Aquila y Priscila, al discernir el limitado conocimiento que Apolos tenía en cuanto a la salvación de Dios en Cristo, con gran tacto y cortesía lo toman aparte y, en la piadosa atmósfera de aquel hogar cristiano, le enseñan “más exactamente el camino de Dios”.

Al abrir de este modo su hogar a los siervos del Señor y hospedarlos, del uno aprendieron las maravillosas verdades del cristianismo; luego, tuvieron el privilegio de ser usados por Dios para transmitir las al otro y serle de gran ayuda y bendición, como también de bendición para otros. Porque, después de esta útil e instructiva estadía en el hogar de Aquila y Priscila, Apolos fue a los hermanos de Acaya y los ayudó mucho. Éstos son algunos de los benditos resultados que le serán concedidos al que pone su hogar a disposición del Señor y sus intereses.

La hospitalidad

Ejercer la hospitalidad es una hermosa virtud cristiana. Las Escrituras nos exhortan constantemente, por preceptos y por medio de ejemplos, a practicarla. Esa bondadosa y generosa recepción del prójimo al abrigo y cuidado de nuestro hogar ha sido llamada: «la gloria del hogar y la flor de la vida hogareña». Es un justo y adecuado adorno de “la doctrina de Dios nuestro Salvador” (Tito 2:10).

La doctrina de Dios en sí es su gracia abundante que fluye en bendiciones divinas hacia el hombre pecador. La hospitalidad que el cristiano ofrece a su prójimo es una pequeña manifestación de esta gracia que fluye por su corazón redimido.

Las epístolas del Nuevo Testamento, las cuales exponen tan plenamente esta maravillosa gracia de Dios, animan al ejercicio de la hospitalidad, como siendo una parte vital del cristianismo práctico. Se dice que la hospitalidad de los primeros cristianos era un rasgo tan marcado de sus vidas, que aun los gentiles los admiraban. Si consideramos las exhortaciones de las Escrituras, vemos en Romanos 12:9-21 que uno de los muchos preceptos que forman la santa ropa del cristianismo práctico es el de ejercer “la hospitalidad” (v. 13).

Así también uno de los requisitos para ser “obispo” o “sobrevendedor” es ser “hospedador” u “hospitalario” (V. M.) (1 Timoteo 3:2; Tito 1:8).

Pero la hospitalidad no ha de ser tan sólo demostrada a los que amamos y conocemos; ha de ser practicada también con los desconocidos. Así Hebreos 13:2 nos instruye: “No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles”. Aquí se hace referencia a la hospitalidad de Abraham y Sara en Génesis 18, cuando diligentemente prepararon una abundante comida para los tres forasteros que llegaron a la puerta de su tienda, los que más tarde demostraron ser dos ángeles y Jehová Dios mismo. Los benditos resultados de ejercer la hospitalidad a los extraños queda así ilustrada, como muchos lo han experimentado desde entonces.

Más tarde, la importancia de practicar la hospitalidad con los extraños se ve enfatizada. El hecho de que una hermana viuda y anciana había hospedado a extraños la encomendaba al cuidado y ayuda de la asamblea (1 Timoteo 5:10).

La falta de hospitalidad

Uno de los rasgos admirables del patriarca Job era el de abrir sus puertas al “caminante”. “El forastero no pasaba fuera la noche” (Job 31:32). En cambio, los días de decadencia y alejamiento del pueblo de Dios se caracterizan por la falta de ese gesto. Esto se nota en los días de los jueces (Jueces 19:15-18), cuando el pueblo de Dios había caído muy bajo. En ese tiempo, cierto levita y los que le acompañaban llegaron cuando el día declinaba a la ciudad de Gabaa, de la tribu de Benjamín, y se sentaron en la plaza “porque no hubo quien los acogiese en casa para pasar la noche”. El levita tuvo que decir: “Mas ahora voy a la casa de Jehová, y no hay quien me reciba en casa”. Más tarde, sin embargo, un anciano de Efraín que moraba como forastero en Gabaa, se acercó y lo llevó a su casa.

En nuestros días caracterizados por la tibieza y la autosatisfacción, como en Laodicea, necesitamos estar atentos, no sea que esta misma falta de hospitalidad se convierta característica de nuestros hogares. En medio de las complicadas y agobiantes condiciones de vida del presente, la práctica de la hospitalidad puede hacerse más difícil para algunos, y se hallará más de un pretexto para sustraerse a ella. Pero, ¿qué opina Aquel, quien escudriña lo más íntimo del corazón? ¿Los primeros cristianos estuvieron en mejores condiciones que nosotros para practicar la hospitalidad? Las exhortaciones formuladas en las Escrituras al respecto, ¿son menos aplicables para nosotros, en estos días de prueba, que para ellos en sus días? Examinemos de nuevo seriamente la cuestión, y seamos hallados sobresalientes en el ejercicio de la excelente virtud de la hospitalidad.

La sunamita

En hermoso contraste con los días de Jueces 19 están los hechos encomiables y hospitalarios de la mujer “importante” de Sunem, según se leemos en 2 Reyes 4:8-17. Cuando el profeta Eliseo pasó por aquel camino, ella insistió para que entrase a comer. Al verse tan cordialmente bienvenido, él volvía a comer pan allí cada vez que pasaba por aquel camino. Un día, ella propuso a su marido que hicieran un pequeño aposento para el profeta, amueblado, para que se alojara en él cuando pasara por allí. Así lo hicieron. Cuando el profeta volvió, fue conmovido por este hospitalario amor y dijo a la mujer: “Tú has estado solícita por nosotros con todo este esmero; ¿qué quieres que haga por ti?”

Nótese la sencillez del aposento de esta sunamita y de su hospitalidad. Sólo contenía lo necesario para el descanso físico, así como para la comunión y el refrigerio espirituales. Una cama para dormir, una mesa para leer o escribir sobre ella, un taburete para sentarse y un candelero para alumbrar constituían el mobiliario de aquella habitación. ¿No sirve eso para animar a aquellos que sólo cuentan con medios sencillos a practicar la hospitalidad de igual manera? Con frecuencia la vanidad de la vida, que se complace en ostentar opulencia ante los huéspedes y trata de medirse con lo que otros hacen, es la causa subyacente de la falta de hospitalidad.

Ojalá podamos todos imitar la sencillez de esta gran mujer de Sunem y manifestar “la sencillez y pureza que es en Cristo” (2 Corintios 11:3 – V. M.).

“ El hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón
(1 Samuel 16:7).

La bondad y el amor son los que cuentan en la hospitalidad, y no las abundantes y maravillosas comodidades que uno esté en condiciones de suplir. Esto es confirmado en 1 Pedro 4:9: “Hospedaos los unos a los otros sin murmuraciones”. Lo que uno posea, sea poco o mucho, debe ser compartido de buen grado con otros. Cuenta más con qué intención se hacen las cosas, que lo que se hace.

En relación con esto las palabras del Señor en Mateo 10:42 son muy oportunas: “Cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa”. Aquí está la segura promesa de recompensa por la hospitalidad ejercida como si fuera para el Señor, aun por un hecho tan insignificante como dar un vaso de agua fría.

Es nuestro deseo que estos numerosos pasajes bíblicos y ejemplos de aquellos que mantuvieron sus hogares abiertos para el Señor y sus intereses, nos animen a abrir los nuestros por amor a Cristo. Sepamos vivir de tal manera, que dentro de ellos haya una luz celestial que alumbre “a todos los que están en casa”, “para que los que entran vean la luz” (Mateo 5:15; Lucas 11:33).

Conclusión

Al terminar nuestras meditaciones sobre este importante tema que es el hogar cristiano, rogamos que los pensamientos y el afecto del lector y del autor sean así más verdaderamente concentrados en Cristo. Él, quien es la piedra angular de la familia cristiana, el centro bendito del que debe comenzar todo, hacia el cual debe tender todo y alrededor del cual debe reunirse todo. Cristo es la Cabeza gloriosa a la que cada uno debe mirar, y de la cual debe depender, a fin de disponer de diaria sabiduría, gracia y fe para estar por encima de las dificultades y pruebas, y tener paciencia para soportarlas.

Entonces nuestros hogares serán verdaderos rayos que constantemente difunden resplandores de bendición para iluminar el oscuro mundo que nos rodea; serán los centros de todo lo que es piadoso, noble y bendecido, los sitios más sagrados en medio del mundo.

(Dios) bendecirá la morada de los justos

“

(Proverbios 3:33).

Que esta bendición del Señor se cumpla en cada hogar cristiano para la gloria de Aquel que ha provisto para nosotros un hogar con Él, en la gloria y dicha eternas.